

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 466

Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Explosion del *Infernal* en la rada de Valparaiso; grabado.  
— Revista española. — La rosa y el ciprés. — La adelfa y la grama. — Los gustos de todas las edades; grabados.  
— Revista de Paris. — No digas de ti mal digo. — A monseñor Miccisiao. — Costumbres orientales. — El valle de Dappes; grabados. — El Noble en la miseria. — M. Mariette; grabado. — La caza de un jabali; grabado. — M. Fould; grabado. — Vida y muerte del principe Don

Carlos. — La Estrella de la India; grabados. — Teatro de la Academia Imperial de música; grabado.

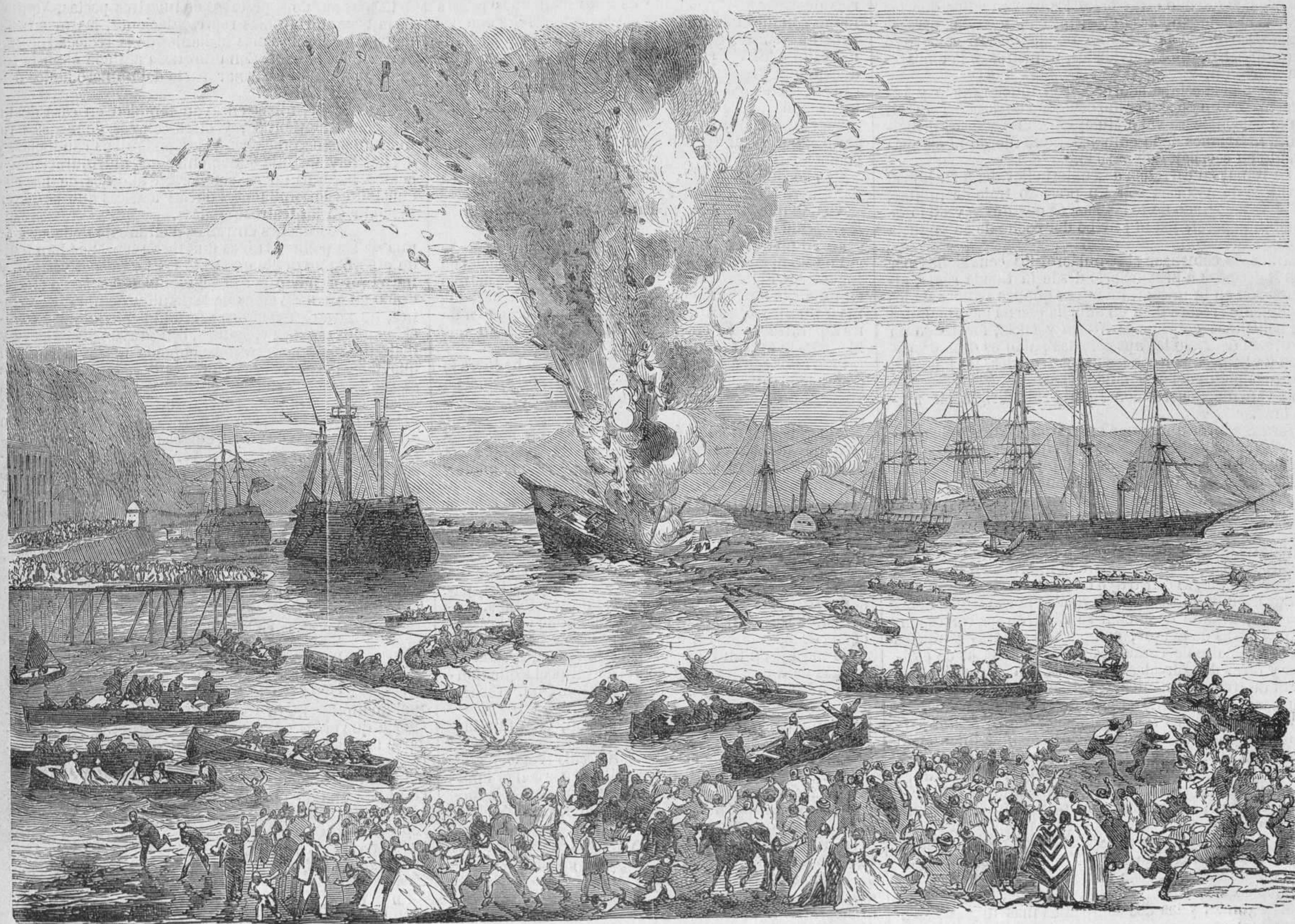
### Explosion del «Infernal»

EN LA RADA DE VALPARAISO.

La marina francesa acaba de sufrir una gran pérdida: el transporte el *Infernal* ha sido destruido por el fuego el 1° de octubre en la rada de Valparaiso, adonde habia llegado hacia cuarenta y ocho horas.

El fuego se declaró á bordo á eso de medio dia, y se hizo tan intenso que no pudieron dominarle todas las bombas de servicio. Las llamas aparecieron sobre cubierta, y para acabar la obra de destruccion fué preciso tirar sobre el buque incendiado mas de cien cañonazos. Unicamente al cabo de seis horas de esfuerzos de toda clase, se resolvieron á hacer saltar el polvorin, que hizo volar en añicos el vasto monumento flotante. La conmocion rompió las vidrieras de las casas mas próximas á la rada.

La pérdida se calcula en mas de dos millones y medio de francos.



EXPLOSION DEL TRASPORTE FRANCÉS EL INFERNAL EN LA RADA DE VALPARAISO.

## Revista española.

Madrid echando una cena al aire. — Simulacro en la dehesa de los Carabancheles. — Muley-el-Abbas y el Museo de pinturas. — Los moritos en su tierra. — Los cementerios el día de Todos los Santos. — ¡Pobre Quintana! — Bailes que se han suspendido. — Banquete en la embajada de Francia. — Un egoísta pintado por sí mismo. — Anuncio de fiestas aristocráticas. — Los teatros. — El público se hace cómico. — Lo que pasa en las tertulias. — Un lapsus linguae. — Zarzuelas nuevas. — Tanto por ciento que ha dado á Ayala su Tanto por ciento. — Galería de pinturas del infante Don Sebastian. — Un nuevo periódico. — Libros. — Curiosidades. — Últimas noticias.

En mi anterior revista anunciaba á mis lectores el simulacro que para festejar al príncipe Muley-el-Abbas había dispuesto celebrar el señor presidente del Consejo de ministros, y al dar principio á la presente tengo que comenzar describiendo esta fiesta militar, so pena de omitir uno de los acontecimientos que mas han llamado la atención de Madrid en los primeros días de noviembre.

¡Qué animación, qué regocijo, qué algazara en la corte de España! El pueblo madrileño es siempre el mismo: se trata de asistir á una fiesta, no tengais miedo, no faltará, aunque pierda un día de trabajo, aunque al volver de la función se vea en la necesidad de ayunar. ¿Quién le quita la satisfacción que ha experimentado? Nada le gusta tanto como echar una cena al aire, según se expresa, pero echa tantas al cabo del año, que no sé cómo á esta fecha no se ha quedado calvo.

Esta vez no se equivocó al figurarse que asistiría á una verdadera solemnidad de los hijos de Belcna, y para que su contento fuera mayor y su dicha completa, amaneció el día del simulacro prometiendo un sol refrigerante, una temperatura templada, horas deliciosas en una palabra.

Los habitantes de la Coronada Villa, aunque desconfiados, porque el tiempo les hajugado muchas malas pasadas anunciándoles agua, haciéndoles armarse de paraguas y divirtiéndose con ellos cambiando la decoración nebulosa en despejada, y viceversa; los habitantes de Madrid, decimos, abandonaron desde el amanecer sus hogares para dirigirse por todos los medios de locomoción posible, desde la aristocrática carretela hasta la desvencijada tartana, á la dehesa de los Carabancheles, escenario de la gran función. Todas las clases de la población se hallaban representadas en el vastísimo campamento.

El aspecto que ofrecía aquel inmenso campo cuajado de familias sentadas unas al rededor de succulentas meriendas, siguiendo otras todos los movimientos que las tropas ejecutaban, era indescriptible, y debió parecer fantástico desde la elegante tienda que se construyó para SS. MM., altos convidados, ministros y la embajada marroquí.

Esta tienda estaba adornada con mucho gusto y representaba un kiosko chino octógono de dos cuerpos, en cuyo balcón se vió á Muley-el-Abbas y á los principales individuos de la embajada, que fueron al campamento en carruajes de palacio.

La reina, en carretela descubierta llevaba á su hijo el príncipe de Asturias con un precioso traje de militar, y el rey seguido de todos sus ayudantes y vestido de capitán general, iba al estribo del coche de su augusta esposa.

Antes de comenzar el simulacro, los convidados por Sus Majestades á presenciario desde la tienda régia, almorzar en la misma, mientras que las bandas de los regimientos recordaban en aquella escena gastronómica las bellísimas notas de la *Norma* y *Lucia*, formando un contraste delicioso las apasionadas palabras de la desposada de Lamermoor con los pavos trufados, los faisanes, y demás platos del espléndido repas.

El valiente general don Juan Prim dirigía las maniobras.

Terminado el almuerzo montaron á caballo Sus Majestades, los generales, los embajadores marroquíes, Muley-el-Abbas en un soberbio alazan de pura raza que le ha regalado el duque de Tetuan, y se dió principio á la ceremonia.

Las maniobras fueron magníficas, y honraron á las armas que las ejecutaron.

Además de una gran batería de escuela práctica con 28 piezas de todos calibres para la instrucción de los artilleros de á pie, se construyó en lo alto de la dehesa una fortificación de campaña en forma de hornabeque doble ó corona, delante de la cual se hicieron las correspondientes obras de ataque, compuestas de tres paralelas con sus ramales de comunicación, dos baterías de enfilada y otras dos directas. Las fuerzas contrarias constaban de tres regimientos de artillería de campaña con 72 piezas, otros tres de coraceros y uno de lanceros.

En el ataque, los tres regimientos de coraceros cargaron sucesivamente el ala derecha enemiga intentando envolverla; pero fueron rechazados. El fuego de la artillería de campaña y el de la segunda línea de infantería representada por el quinto regimiento de artillería fué sosteniendo la retirada, que se verificó lentamente por escalones.

En el momento de ser rechazado el ataque del fuerte, se encontraba en él el príncipe Muley-el-Abbas y el general duque de Tetuan con todo su estado mayor.

Habiendo sido infructuoso el primer asalto se procedió al segundo, y las dos compañías mas inmediatas á los ramales extremos con una sección de ingenieros se lanzaron al foso subiendo por escalada á los puntos indicados por los capitanes. El combate duró diez minu-

tos. Las tropas de defensa se retiraron al interior, y las de ataque tomaron posesión del fuerte, arriándose la bandera negra é izándose la española.

El jefe de las fuerzas dió tres vivas á la reina, y las músicas tocaron la marcha real, terminando de este modo el simulacro.

Seis días despues del simulacro partió la embajada marroquí, no sin llevarse buenas impresiones de la corte ni sin dejar buenos recuerdos de su estancia en ella.

Antes de abandonar Muley-el-Abbas á Madrid ha visitado los museos. El de pinturas le admiró sobremedera, y tanto él como los de su comitiva firmaron en el album que existe en este establecimiento, y en el que según costumbre dejan consignados sus nombres los extranjeros y demás personas que visitan el Museo los días que no son de entrada pública. Hé aquí la traducción que el ilustrado catedrático de árabe de la Universidad central don Pascual de Gayangos ha hecho de las indicadas firmas.

Primer renglon:

El-Abbas (Dios le sea propicio) hijo del amir de los creyentes (Dios le haya perdonado) califa ó lugarteniente general de nuestro señor el amir de los creyentes (ayúdele Dios).

Segundo renglon:

Lo escribió de su mano en Medina Madrid á 16 de Rabic segunda del año 1278, despues de haber entrado en la casa de las pinturas (Museo) de la reina y haber visto lo que contenía de preciosidades.

Firmas de los individuos de la comitiva:

1ª Lo mismo dice el siervo de su Señor Ahmed-el-Duqueli. ¡Dios le sea propicio!

2ª Y el siervo de su Señor Mohammad-ben-Mohammad-al-mequeri. ¡Protéjale Dios!

3ª Y Abdo-r-rabbiki-al-bermisi-ben-Chalún. ¡Protéjale Dios!

4ª Belafrich.

El señor ministro de Fomento ha regalado al príncipe marroquí un libro con las inscripciones arábigas de la Alhambra.

Durante el viaje de los marroquíes por Andalucía han sido muy obsequiados por todas las autoridades. En cambio algunos de los súbditos del emperador tratan muy mal á los españoles residentes en África, como lo prueba el siguiente suceso:

Paseaba hace pocos días por las cercanías de Tetuan un médico de regimiento contemplando el valle de Vadras y las montañas de Benisider, y al bajar á la hondo nada para dirigirse al Soco ó mercado de los moros, vió venir por una senda cercana varios moros que tambien se dirigían al mercado. Los moros conducían dos caballerías descargadas, y delante de ellos iban unas pobres moras conduciendo á la espalda los comestibles que llevaban á vender. Compadeciéndose el físico de aquellas infelices que tal vez por algunas monedas de cobre conducían aquel enorme peso, y al verlas pararse á descansar, se acercó á ellas y les dió algunos blanquillos, moneda moruna que aprecian extraordinariamente. Entonces uno de los moros como de cuarenta y tantos años, se dirigió á él con aspecto amenazador y descarado, diciéndole:

— ¿Porqué tú mirar, porqué tú hablar, porqué tú dar dinero á las mujeres?

Viendo que el médico no contestaba, añadió:

— ¿Qué querer tú?

— Yo no quiero nada.

En esto apareció en aquel solitario lugar un oficial de ingenieros. El moro continuó su camino; pero se detuvo en un alto esperando con demostraciones amenazadoras á nuestro compatriota, que tuvo la precaución de no separarse ya del oficial, que tan oportunamente habia llegado en su auxilio.

Pero estos son casos excepcionales: España ha logrado dominar al imperio de Marruecos, y es de esperar que no vuelvan á regarse con sangre española los campos africanos.

Demos aquí un adiós á los marroquíes que han vivido algun tiempo entre nosotros, y dirijamos nuestras miradas á la corte para que nos cuente todo lo que en ella ha pasado durante el mes de noviembre.

Como era natural, el día de Todos los Santos se celebró en regla. Los cementerios estuvieron llenos de gente que acudía á renovar recuerdos dolorosos, ó á ver este espectáculo del dolor, que tambien interesa.

Cada año es mayor el lujo que se despliega en este día para adornar los nichos, coronas de siemprevivas, paños mortuorios con franjas de oro, flores, estatuas, cruces y millares de hachones encendidos: este es el espectáculo de los campos santos.

Yo me fijé en un modesto sepulcro que encerraba las cenizas de un hombre eminente, de un poeta que honra á nuestra nación, del inmortal Quintana. ¡Cuánta gloria ayer y cuánto olvido hoy!

Delante de su nicho habia un hachon, y en una tarjeta esta leyenda:

A su inolvidable amo, su agradecido criado.

La nación, los amigos, todos indiferentes con el hombre ilustre de ayer... solo su criado conserva en la memoria el nombre del inmortal Quintana, para rendirle el homenaje que se rinde á los muertos.

El fallecimiento del rey de Portugal ha causado en España lo mismo que en Europa una profunda sensación, y con este motivo se han suspendido los bailes con que proyectaban dar principio á las fiestas del invierno aristocrático algunas de las damas mas elegantes de la corte. Sin embargo, el día 13, para solemnizar el cumpleaños de la emperatriz de los franceses, obsequiaron á sus amigos los embajadores del vecino imperio con

un banquete y un *the*, no *dansant*, á causa del luto de la corte, pero sin embargo lleno de atractivos para los que conocen el ingenio y la amabilidad de la emba-jadora de Francia.

Las cuestiones políticas son hoy día cuestiones de sobremesa, y sea porque se haya descubierto que el agradecimiento del hombre reside en el estómago, sea porque no haya convicciones ni compromisos que resistan á una succulenta comida, regada copiosamente con jugo de uvas nacionales y extranjeras, es lo cierto que empiezan á menudear los banquetes políticos, de diferentes matices y en diferentes escalas. Hace días que en uno de ellos un convidado felicitaba al Anfitrión por las excelentes ostras con que los regalaba.

— ¡Son riquísimas! repuso este, y cuando son tan buenas, doy orden en la cocina para que si á los convidados les sirven media docena, á mi me pongan una y jescogidas!

¿Qué les parece á mis lectores el egoísmo de este personaje?

De otro festin que ha habido en casa de Salamanca, el rey de los banqueros españoles, ha salido una promesa que hace latir de contento los corazones de la juventud bailadora y de la vejez glotona; dos bailes, ofrecidos uno á la mas hermosa dama de nuestra aristocracia, otro á una donosa y gallarda hija de las riberas del Guadalquivir. — Las fiestas del palacio de Recoletos son bien conocidas por su esplendidez sibarítica para que no se aguarde con impaciencia la realización de este fausto anuncio. — Tambien se esperan las brillantísimas que según costumbre de años anteriores ha de dar el apreciable ministro del Perú.

Los teatros están concurrencísimos, y las empresas deben hacer su agosto á pesar de que nos hallamos en noviembre. Despues del Teatro Real, donde los apasionados de la buena escuela de canto se entusiasman con la Delagrangé, Variedades es el mas favorecido por la gente de buen tono. Hasta ahora han hecho el gasto las comedias de Breton de los Herreros que no envejecen nunca, algunos arreglos de Vega, su comedia modelo *el Hombre de mundo* y otras de otros ingenios, todas obras conocidas, aplaudidas y escuchadas con verdadero entusiasmo.

Esta afición al teatro y la tendencia natural de la humanidad á copiar y repetir lo que ve diariamente, empiezan á desarrollar en el público un gusto extremado por la declamación.

En uno de los palacios de la grandeza se han repartido papeles, y principian los ensayos para la inauguración de un teatro nuevamente arreglado y capaz de contener á 200 personas.

El mas agudo y perezoso de nuestros poetas, Ventura de la Vega, dirigirá las representaciones, las mas bellas damas, los jóvenes mas brillantes de la sociedad desempeñarán los papeles. Con esto queda pintada el ansia con que todos esperan formar parte del número de los doscientos privilegiados.

Otras lindas niñas ensayan tambien en casa de un conocido trasatlántico, y otros coliseos domésticos renuevan sus decoraciones y despabilan sus candilejas, y apenas hay tertulia donde entre dos murmuraciones y cuatro bostezos no se conviertan algunos de los circunstantes en imitadores de las actrices que se hacen aplaudir en los teatros públicos.

Hace pocas noches entraba yo en la sala de la casa de una de las pollitas rubias que mas mancebos han tenido alborotados desde que soltó las loras del vestido, y me ví sorprendido por el siguiente espectáculo: — rodeado de los individuos de la familia hembras y varones, un joven diplomático y erudito escritor muy conocido en los círculos elegantes, con grave prosopopeya y majestuoso ademán recitaba aquella hermosa relación que pone Serra en boca de Cervantes, en *el Loco de la guardilla*. Las personas que le rodeaban, pergeñadas de varias y extrañas maneras, remedaban los restantes personajes de la escena; un revistero hacia veces de apuntador, Lope de Vega hojeaba el manuscrito de *el Ingenioso hidalgo*; el grave clérigo, el doctor circunspeto, la linda Magdalena y el enamorado demandadero, escuchaban silenciosos la galana y fácil poesía; — mas al llegar á la quintilla que empiezan:

Yo estoy en lo positivo:

cuando mas atención poníamos espectadores y actores, y con mas calor y sentimiento declamaba Cervantes, turbábase el espíritu, enredábase los conceptos y dice con énfasis:

Yo estoy en lo positivo  
Y mis derechos percibo,  
Porque no hay ley ni hay alcalde  
Que me haga enterrar á un vivo  
Pues que de los muertos balde.

y el auditorio entero rompe en la mas estrepitosa carcajada que oídos oyeron. — Tres veces volvió á comenzar la relación, y las tres, al llegar al pasaje desgraciado, la hilaridad general impidió seguir adelante.

En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado con mucho éxito una de Ventura de la Vega, música de Barbieri, con el título de *el Tesoro escondido*. Tambien se ha representado otra original del poeta Luis Ribera: se titula *Impresiones de viaje*, y el protagonista de esta obra es Alejandro Dumas, que se llama en la pieza *Alejandro Ubas*.

En el Circo, donde tambien actúa una compañía de zarzuela, se han puesto en escena varias de las del antiguo repertorio, la *Mina de oro*, nueva y que ha gustado mucho; y se preparan el *Elixir de amor*, traducida al castellano, y el *Gondolero*. Trinidad Ramos la can-

tante, que tantos aplausos y tantos triunfos ha conseguido en algunos teatros de América, es la joya de este teatro. El público entusiasmado con ella le arroja flores y coronas, y hace lo que se llama verdadero furor.

En el Príncipe ha continuado representándose el *Tanto por ciento*. Esta obra ha producido ya á Ayala mas de cinco mil pesos, solo cobrando el *tanto por ciento* que como autor le corresponde cobrar. Ya se está haciendo la corona de oro que el público de Madrid ha costado para regalársela.

Por último, en Novedades se ponen en escena grandes dramas de espectáculo. *Los Penitentes* entusiasma al público que asiste á este coliseo, y se anuncia una obra terrorífica con el título de *Un corpus de sangre!* en la cual se estrenarán nada menos que seis decoraciones, algunas de ellas de gran complicación y efecto. Si hemos de juzgar por el título de la obra que se refiere á una de las épocas mas gloriosas de Cataluña, y por el particular que lleva cada cuadro, no faltarán porrazos y cuchilladas. El primer cuadro se titula *la sorpresa*; el segundo, *el toque de ánimas*; el tercero, *el juramento*; el cuarto, *el combate*; el quinto, *la cisterna de los lobos*; y el sexto, *¡ Abajo la inquisición, viva la libertad!*

No hay un pueblo que más se interese por las letras y las artes que el catalán. En uno de los teatros de Barcelona se ha abierto un concurso de obras dramáticas, se han nombrado jueces, y la mejor comedia ó el drama mas sobresaliente, obtendrá un premio de alguna consideración.

Este estímulo producirá sin duda alguna los mejores resultados.

Otro de los notables acontecimientos del mes actual ha sido la inauguración de la galería de pinturas que ha formado con las obras de su propiedad, en su palacio de la calle de Alcalá, el infante Don Sebastian.

Los artistas jóvenes que residen en Madrid tienen ya un museo más donde estudiar, copiando á los autores notables y raros, por ser poco conocidos, tanto en historia como en género y paisaje.

El objeto principal del infante ha sido abrir una nueva fuente al saber y un estímulo á la juventud estudiosa para que rivalicen con provecho de su país y gloria del suelo que los vió nacer; esto prescindiendo del gusto y afición que se despierta entre los amantes de las bellas artes con la vista de obras notables en la pintura.

Puede asegurarse, sin aventurar la expresión, que la galería del infante Don Sebastian, despues del Museo real, es la primera entre todas las de particulares que existen en la corte. Y concurre además la favorable circunstancia de que esta galería no estará privada de la vista del público que quiera visitarla, sino que se permitirá copiar en ella varios días de la semana y en otros estará franca para los aficionados.

Sabido es por notoriedad, entre todas las personas ilustradas, la noble inclinación de este príncipe, desde sus primeros años, á todo lo que tiene relación con las bellas artes; inclinación que le honra sobremanera y de la cual se ocupa con avidez dispensando un grande aprecio á los artistas, y sobre todo una protección decidida á los españoles que cultivan toda clase de ciencias y artes.

Bien puede juzgarse, por la riqueza que posee el infante en objetos de artes, las sumas considerables que habrá invertido para adquirirlos, y las rentas que hoy mismo está invirtiendo en compra de obras, cuyo auxilio redundará exclusivamente en favor de las familias que dependen del trabajo de su paleta y el cincel. — En honor de la verdad, no hay palabras para elogiar tambien en este particular la protección y compra de obras que hacen constantemente nuestros augustos reyes y el gobierno, cuyo laudable ejemplo debieran imitar, introduciendo la moda, los títulos de Castilla y ricos capitalistas.

En resumen, todos los nuevos descubrimientos en artes los acoge S. A. con beneplácito y decidida protección. Ahora mismo está haciendo ensayos sobre un nuevo procedimiento de pintura al temple y óleo, descubierto por un laborioso y entendido español, el cual, si corresponde su bondad con buen resultado, será un grande adelanto en la pintura mural.

Seis salones constituyen la galería de S. A., dispuestos con claraboyas y luces que han podido utilizarse del mejor modo posible para que no lastimen la vista detallada de las pinturas. Entre grandes y pequeños se cuentan colgados sobre 400 á 300 cuadros.

Entre ellos los hay muy notables y en extremo raros, puesto que no se conocen en España sus autores.

Por demás está el indicar que los grandes maestros de la escuela española, Velázquez, Murillo, Ribera el Español, Juan de Juanes, Alonso Cano, Dominico Greco y otros que se omite nombrar por no ser prolijos, están representados por sus obras en esta galería. Tambien las hay de pintores poco conocidos, como por ejemplo, Sebastian Muñoz, artista notable y de genio en el reinado de Carlos II, segado en flor por la muerte de Rivalta, Carreño, Pereda, Mateo Zerezo, Luis de Vargas, Becerra, Antolínez, Correa y el célebre Goya por sus caprichos y por su estilo.

En cuanto á los pintores extranjeros, todos los mas célebres están representados en la galería del infante. Estos esfuerzos de S. A. y la cooperación de la juventud estudiosa va á producir en breve un periódico que hacia falta en nuestra nación.

La juventud, guiada por Don Sebastian, va á publicar, con el título de *el Arte en España*, un periódico que será una verdadera maravilla, no solo por las cuestiones de arte que se propone tratar, sino tambien por las láminas que acompañarán al texto, ejecutadas por los primeros dibujantes y grabadores de España.

El Ateneo ha abierto sus cátedras de nuevo, y como siempre Martinez de la Rosa ha pronunciado el discurso de apertura. ¡Qué elocuencia y qué vigor de pensamiento y de forma! Mentira parece que el célebre poeta haya cumplido ya los setenta años.

La aparición de libros nuevos no ha sido en este mes menos plausible que en los anteriores: hé aquí, siguiendo mi costumbre, la lista de los últimos.

— *Discursos literarios y políticos* de Emilio Castelar. El público no puede menos de complacerse al ver reunidas en un solo volumen las obras mas bellas del príncipe de nuestros jóvenes oradores, obras que estaban sepultadas entre el inmenso farrago de los periódicos.

Las discusiones de la sección de ciencias morales y políticas del Ateneo, ignoradas casi por completo del público, están magistralmente resumidas por el señor Castelar en dos discursos pronunciados en los dos años que ha sido digno vicepresidente de la mencionada sección. En el uno, expone y examina el señor Castelar las doctrinas emitidas sobre el socialismo por los muchos oradores que tomaron parte en la discusión, y expone y examina en el otro las diversas teorías y opiniones acerca del progreso.

Termina la colección con un apéndice, en el que van las cartas del señor Castelar al doctor prusiano Hosseus, con motivo de una polémica que nuestro compatriota ha sostenido con él en contra del romanticismo ó neo-católicismo alemán y de las tendencias políticas del rey Federico Guillermo IV. Estas cartas son de lo mas interesante que el tomo contiene.

— *Cuestiones de Méjico, Venezuela y América en general*, por el señor Ferrer de Couto, entrega 13ª. Casi todo lo contenido en dicha entrega, de lo que corresponde al capítulo XXIII que en la misma se incluye, trata del nombramiento, carácter y significación de la embajada española que fué á Méjico el año último.

— *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*, que ha dejado inédita don José María Rey y Heredia, catedrático que fué de psicología y lógica en el instituto del Noviciado de esta corte.

— *La Italia del siglo XIX*, por don Manuel Gonzalez Llana y don Evaristo Escalera, redactores de *la Iberia*.

— *Poesías anteriores al siglo XIX*, recogidas por el ilustrado catalán señor Coll y Vehí.

— *Historia crítica de la literatura española*, por don José Amador de los Rios. Ha aparecido el primer tomo que comprende la época romana y la visigoda, y trata con la debida extensión de los escritores hispano-romanos, como Séneca, Lucano, Quintiliano, Marcial, Silio Itálico y tantos otros; y de los poetas y prosistas latinos de la época visigótica, entre los cuales descuellan san Isidoro, san Leandro, san Ildefonso y san Eugenio, y los cristianos y sublimes poetas Juvenco y Prudencio.

— *El Cura de aldea*, preciosa novela de costumbres escrita por el señor Perez Scriche.

Además se anuncia como próximo á ver la luz un nuevo libro de Alarcon titulado *De Madrid á Nápoles*. El popular autor del *Diario de un testigo de la guerra de Africa* nos describe su último viaje por Francia, Suiza é Italia; nos hace asistir al sitio de Gaeta, en el que se encontró, y nos retrata al sumo pontífice, con el que tuvo la fortuna de hablar, así como con Cavour, Rossini y otros personajes de reputación europea.

Un profesor de caligrafía valenciano ha regalado al general O'Donnell un cuadro caligráfico que ha llamado la atención en Madrid. En la parte superior se ven tres escudos entrelazados: el del medio lo forman las armas del señor duque de Tetuan; el de la derecha las de la ciudad de Valencia, y el de la izquierda las de aquella provincia; á entrambos lados se distinguen dos tarjetas caprichosamente trabajadas, pues contienen de notable particularidad de hallarse unas letras dentro de otras formando las palabras « Leopoldo O'Donnell » la primera tarjeta, y « Vizconde de Aliaga » la segunda. La primera se empieza á leer por la letra de mayor tamaño, y la segunda por la mas pequeña. Inmediatamente campea una cinta formando pliegues, en los cuales se lee: « Dedicado al ilustre é invicto duque de Tetuan, » y á derecha é izquierda las siguientes: « 23 combates en Africa, 23 victorias. » En otros pliegues de la misma cinta, y debajo de la anterior dedicatoria, sobresalen los títulos del duque, como « conde de Lucena, capitán general, grande de España y presidente del Consejo de ministros. » A los dos extremos de la cinta que parece vienen á formar un lazo, se divisan estas palabras: « talento, valor. »

Un modelo del navío *Príncipe Alfonso*, construido por un antiguo oficial de marina, don Francisco de Paula Monte, ha sido presentado á la reina por el comandante general del resguardo terrestre y marítimo de Santo Domingo, señor de Corbacho, de quien surgió el pensamiento, y á quien los reyes recibieron en audiencia particular con este objeto. Esta bonita alhaja, que mide mas de tres metros de popa á proa, y una dimensión igual casi del tope del palo mayor á la quilla, está perforada por ochenta y cinco piezas, y tiene artillados sus dos puentes; es de hélice y forma de cliper, llevando á proa la figura del príncipe dorada. A popa tiene salva-vidas, con escalerilla, y en los pescantes van cuatro botes; dos á los lados de las escalas real y de servicio, un launchon entre el trinquete y palo mayor, y una bonita carroza para el capitán colgada á popa. Este pequeño buque está destinado para estudio del príncipe de Asturias. Cuantas personas notables han visto esta acabada obra, han admirado su prolijidad y exactitud.

Para terminar mi revista daré á mis lectores las noticias de los últimos sucesos.

El valiente general Prim, saludado y festejado por el pueblo de Madrid, ha salido para mandar la expedición hispano-anglo-francesa. Algunos días antes de partir asistió á una cacería en la Albufera, y de quinientas piezas mayores que sucumbieron, despachó el general doscientas!

El duque de Rivas ha inaugurado sus reuniones literarias. En ellas los principales poetas encuentran en los aplausos de un auditorio inteligente ese estímulo que ennoblece al que lo da y que aviva la inspiración del que lo recibe.

Un editor de Madrid ha pagado ocho mil duros por la concesión del permiso para traducir al español la novela original de Victor Hugo *los Miserables*.

Una nueva comedia del conocido poeta Luis Eguilaz titulada *la Cruz del matrimonio*, ha obtenido antes de anoche en el teatro de Variedades uno de esos triunfos que hacen época en la historia del arte. En esta obra no acude su autor á estrepitosos resortes para mover los corazones, pero todos los corazones palpitan, todos los ojos reventan en lágrimas y baten todas las palmas sin mas que recordar una madre lo que dice la *mirada triste* de su hijo enfermo. *La Cruz del matrimonio* es una joya literaria y moral de inmenso valor. La literatura honrada está de enhorabuena.

No tengo tiempo de analizar esta comedia; en mi próximo artículo os hablaré detenidamente de su argumento, os haré apreciar algunas de sus bellezas. De todos modos, no puedo menos de entusiasmarme al ver que la juventud española vuelve por la honra de su nación.

Las letras y las artes brillan de nuevo esplendorosas, y un pueblo que puede hacer sentir, está seguro de llegar al apogeo.

JUAN DE MADRID.

Madrid 30 de noviembre de 1861.

### La rosa y el ciprés.

Dijo un ciprés á una rosa:  
Si del jardín eres diosa,  
Si el pensil tu imperio es,  
¿Porqué vives, flor hermosa,  
De ese túmulo á los piés?

Vivo aquí porque encerrada  
Bajo esta losa olvidada  
Yace una virgen querida,  
A quien adoré en la vida  
Y de quien fui siempre amada.  
Así, su cáliz moviendo,  
Contestó la grata flor;  
Y el ciprés calló diciendo:  
— Feliz quien deja muriendo  
Tan puro y constante amor.

DOMINGO RAMON HERNANDEZ.

### La adelfa y la grama.

FABULA.

A orillas de un arroyuelo  
Altiya, con gallardía  
Una adelfa se mecía  
De los arbustos modelo.  
Cubierto de rojas flores  
Y con pomposo ramaje,  
Ostentaba su follaje  
Aunque amargo y sin olores.  
«¿Quién me iguala en donosura?»  
Decía con tono altivo;  
¿Quién posee mi atractivo,  
Mi esplendor y mi hermosura?  
Sin mí el arroyo arenoso  
No reflejara en su seno  
Mi aspecto ufano y sereno  
Que nos pinta bullicioso.  
Mis flores bellas, rosadas,  
En lindos ramos nacidas  
No se vieran contenidas  
Por sus ondas retratadas.  
No hay que dudar un momento;  
¿Quién competirme pudiera?  
Yo soy la planta primera  
De estos campos ornamento.»  
La grama que candorosa  
El bajo suelo alfombraba  
Y su arrogancia indignaba,  
Así le dijo animosa:  
«¿Porqué blasonas altiva  
Si te desprecia el ganado,  
Que á mí se viene alentado  
Pues mi sustento lo obliga?»  
No es el orgullo altanero  
Lo que da el nombre y poder,  
El fruto solo ha de ser  
El galardón verdadero.

JUAN MIGUEL DE ARRABIDE.

LOS GUSTOS DE TODAS LAS EDADES, ESTUDIOS POR VALENTIN.

LAS MUJERES.



A SEIS AÑOS.



A VEINTE AÑOS.



A CINCUENTA AÑOS.



A SETENTA AÑOS.

LOS GUSTOS DE TODAS LAS EDADES, ESTUDIOS POR VALENTIN.

LOS HOMBRES.



A DIEZ AÑOS.



A VEINTE AÑOS.



A CUARENTA AÑOS.



A SESENTA AÑOS.

## Revista de Paris.

La Academia francesa tiene en la actualidad dos sillones vacantes, el de Scribe y el del P. Lacordaire. El célebre predicador, que ha debido á su elevada elocuencia el honor de entrar á formar parte del cuerpo académico, ha fallecido á la edad poco avanzada aun de cincuenta y nueve años, en el convento-colegio de Soreze, una de las instituciones de enseñanza pública fundada, por él sen el Mediodía de la Francia. En las solemnes exequias que se han celebrado hace dos días en la catedral de Paris por el ilustre dominico, el púlpito estaba enteramente cubierto con un paño fúnebre, para significar la irreparable pérdida que acaba de sufrir la elocuencia sagrada. La vida del P. Lacordaire es digna de meditación y de estudio. En su juventud, el hombre que debía llegar á ser uno de los mas firmes sostenedores de la Iglesia, se distinguió por el ardor de sus opiniones volterianas; — de Dijon, donde hizo sus estudios, vino á Paris para trabajar en la abogacía.

Pero pronto sintió cuál era su verdadera vocación; en 1824 entró en el seminario de San Sulpicio, y tres años despues fué ordenado sacerdote. Nombrado capellan del colegio de Juilly, entabló relaciones con Lamennais, el Lamennais de los primeros tiempos, y subyugado por su inteligencia, vino á ser uno de sus mas fervientes discípulos.

Despues de la revolucion de 1830, fué uno de los redactores del *Avenir*, y obligado á comparecer ante el tribunal de Assises en enero de 1831, por la audacia de sus teorías, defendió él mismo su causa y salió absuelto. Mas tarde compareció igualmente ante la Cámara de los pares en compañía de M. de Montalembert y de M. de Caux, por haber abierto sin permiso de la autoridad una escuela libre, pues siempre ha sido uno de los mas ardientes partidarios de la libertad de enseñanza. La Cámara no le impuso mas que una multa de 100 francos.

Las teorías de los redactores del *Avenir* provocaron la publicacion de la famosa carta encíclica de Gregorio XVI. Lamennais y Lacordaire pasaron á Roma, de donde regresaron, el primero firme en sus ideas, y el segundo sometido á la corte pontificia.

De vuelta en Paris, Lacordaire se entregó á la predicacion, inaugurando entonces el periodo mas brillante de su vida. En 1834 abrió sus conferencias en Nuestra Señora, que llamaron desde luego á la catedral una muchedumbre inmensa, seducida por el admirable lenguaje del predicador y por el fondo de su doctrina.

En 1836 hizo un segundo viaje á Roma, donde fué muy bien recibido por el papa, y escribió su *Carta sobre la Santa Sede*. Entró en el convento de la Minerva, y el 6 de abril de 1849 tomó el hábito de dominico.

El nuevo hermano predicador volvió á presentarse en el año siguiente, con la cabeza afeitada y el hábito blanco, en el púlpito de Nuestra Señora. Al estallar la revolucion de febrero, se habia acordado de sus antiguas ideas republicanas, y á consecuencia de varios discursos que pronunció con gran aplauso en los clubs de Paris, fué nombrado diputado de la Constituyente y tomó asiento entre los miembros de la Montaña. Pero la tribuna no le reservaba los triunfos del púlpito, como no tardó en conocerlo, por lo cual abandonó la escena política y dió su dimision de diputado. Suspendidas sus conferencias en Nuestra Señora, el P. Lacordaire se entregó completamente á la enseñanza, y su inspirada voz no volvió á resonar en Paris hasta que el año último pronunció su discurso de recepcion en la Academia francesa.

Esta nueva vacante que ha quedado en la ilustre corporacion aumentará el número de candidatos que ya era bastante crecido para la sucesion de Scribe. Muchos nombres respetables han salido á luz, pero tambien se han producido algunos que seguramente no lograrán otra fama que la que les haya podido alcanzar su ridicula osadía. Entre estos últimos se distingue particularmente un escritor inédito que ha dirigido á los inmortales la siguiente circular digna de ser transmitida á las generaciones futuras. Dice así:

«Señores: dignaos permitirme que os recuerde el deseo que os he manifestado de ser admitido al honor de ocupar el sillón que ha dejado vacante M. Scribe de gloriosa memoria, y que os reitero mi demanda antes de la época en que vais á proceder probablemente á la eleccion de su sucesor.

» El título que tenéis derecho para otorgarme puede facilitarme el camino de la instruccion pública y del teatro, si las diferentes redacciones de estilo que someto á vuestra apreciacion son bastante notables para justificar mi admision en la Academia.

» En mi primera circular os he transmitido el análisis de tres novelitas en prosa tomadas de siete obras dramáticas que la malevolencia ha alejado hasta ahora del teatro. Pienso entregarlas á la publicidad por vuestra intervencion á fin de hacerme digno de suceder, por la diversidad de mis obras literarias, al gracioso y fecundo autor cuyos dichos agudos, mil veces repetidos en el teatro y en los salones, perpetuarán su agradable y precioso recuerdo.

» El señor ministro de Estado ha recibido una súplica para que tenga á bien ordenar la lectura en comité del drama en cinco actos y en verso titulado el *Estudio del mundo* en la primera escena francesa, en tanto que la representacion de la *Escuela de los jóvenes*, comedia en tres actos y en verso, se prepare en la segunda, á fin de que estas dos obras sean sometidas á la sancion pública antes del fin del año, y para que tambien pueda tenerlas á la vista la Academia cuando conceda el premio que señala á la obra dramática mas digna de obtenerlo, en la sesion solemne de 1862.»

Y firma este retumbante documento M. Drouin, n.º 63, «grande route d'Orléans, au Petit Montrouge.» Ahora bien, nosotros apostaríamos sin ningun temor de perder que tanto la Academia como el ministro se harán sordos á las instancias del solicitante, y que Paris se verá privado de esas dos obras

maestras que se titulan el *Estudio del mundo* y la *Escuela de los jóvenes*.

Acaba de desaparecer de la escena parisiense una de esas notabilidades que son citadas en todos los círculos á la moda como tipos de elegancia, el vizconde René de X., que durante media decena de años ha dado incansante pábulo á la conversacion por el número de sus locuras de toda clase: desafíos, aventuras galantes, deudas y rasgos de excentricidad mas ó menos dignos de alabanza.

En Paris es una cosa fácil alcanzar la gloria que habia alcanzado el vizconde; para ello no hay mas que estar desprovisto de toda aprension y poseer una riqueza considerable. Nadie como René estaba dotado de estas condiciones; pero desgraciadamente para él una mañana se despertó advirtiendo que habia consumido todo su patrimonio en pocos años.

En este negro día la necesidad vino á inspirarle por primera vez tristísimas reflexiones. Despues de haber concebido mil proyectos á cual mas descabellados, el vizconde, sin valor para asegurarse la subsistencia por medio del trabajo en presencia de sus compañeros de desorden, tomó el partido de dejar la Francia para hacer en el extranjero lo que no podia resolverse á hacer en Paris.

Justo es decir que René no era hombre á quien podia abatir un revés de fortuna, y con su carácter animoso y emprendedor acabó por considerar su resolucion como una idea luminosa.

— Un hombre como yo, se decia, no puede menos de adelantarse en todas las carreras; el acaso y las circunstancias decidirán mi eleccion de pais y de oficio.

Pero nadie abandona su patria sin hacer sus preparativos de viaje. René principió por arreglar sus papeles, á fin de llevarse los que le eran absolutamente necesarios y echar el resto á la chimenea.

Hallábase entregado hacia algunos instantes á este trabajo poco grato de leer una correspondencia casi enteramente olvidada cuando vino á poner la mano en una carta que no habia sido abierta.

El sobre era un poco abultado, pues contenia una trenchita de pelo y una flor silvestre negra y aplastada, que estaba dando á entender que no habia sido cogida recientemente.

En cuanto al billete no contenia mas que un juramento de amor, de un amor eterno.

Y firmaba — María.

Este nombre de María operó una revolucion completa en el vizconde René. Le trajo en mientes tantos recuerdos, que en medio de las numerosas reflexiones que provocaba en él se llevó con una especie de veneracion á sus labios la carta, la flor y la mecha de cabello.

En el corto instante que duró aquel beso un amor mal apagado se despertó súbitamente en su corazon. Aquella pasion correspondida, la primera que habia sentido, le apareció como su salvacion en aquel momento supremo.

María, era una hermosa y casta jóven á quien habia amado y dejado en su mismo pueblo, lejos de Paris en las pintorescas montañas del Jura. A ella habia confiado sus sueños de gloria y de porvenir cuando ignoraba aun lo que era el torbellino de la vida; con ella habia hecho proyectos, que realizados no le habrian conducido al fondo del abismo en donde ahora se veia.

René habia abandonado sus montañas para venir á Paris, adonde le llamaba su ambicion y adonde no tardó en olvidar las hermosas ilusiones de sus veinte años.

Sí, en medio de las numerosas exigencias de su vida disipada, el vizconde habia olvidado sus juramentos y su amor, habia olvidado á su tierna María, y la última carta de la que debia ser su esposa se habia quedado cerrada en el fondo de una gaveta con las reliquias de amor que contenia.

En tanto que el vizconde habia tenido el oro en abundancia para satisfacer las locas exigencias de su vida de aventuras, la sencilla imágen de la aldeana habia desaparecido á sus ojos completamente; pero ya el oro se habia acabado, dejando en pos de sí la desesperacion y un arrepentimiento tardío.

Pero ¿qué decimos? Nunca es tarde para arrepentirse. Del arrepentimiento nació la esperanza, pues ante aquella mecha de pelo y aquella flor el vizconde recobraba la memoria.

Sobre él velaba el amor de María.

Al cabo de dos horas de reflexion, durante las cuales leyó diez veces el billete de María, René se acostó sereno y dichoso como nunca lo habia sido.

En la mañana siguiente en vez de salir de Paris escribió á María, y ocho días despues el vizconde tomaba posesion de un empleo bastante lucrativo en una gran fábrica de fundicion establecida en el mismo lugar de su nacimiento, donde María le habia conservado el casto amor de esposa que le habia prometido.

M. Emilio Colombey ha contado en su «Historia anecdótica del desafío» un lance muy singular que seguramente todos sus lectores habrán tomado por una ficcion novelesca, y que sin embargo se acaba de realizar en Alemania con todos sus pormenores. La anécdota ha sido publicada por los diarios de Paris y puede reducirse á los siguientes términos:

A consecuencia de una disputa de café un oficial, W..., recibió en el rostro una bofetada de un compañero suyo llamado G... El ofendido se aplicó á la megilla un pedazo de tafetan grande como la palma de la mano, y despues invitó cortésmente al que le insultó á dar un paseo por un bosque situado en aquellas inmediaciones.

G... recibió en este paseo una herida que le tuvo postrado en el hecho durante algunas semanas.

Concluido el combate W... sacó muy sereno unas tijeras de su bolsillo, y recortó cuidadosamente el tafetan que se habia pegado al semblante.

Una vez restablecido G..., recibió la visita del hombre del tafetan negro, quien le invitó á dar otra vuelta por el bosque.

De aquí resultó una nueva estocada y un nuevo recorte al tafetan.

Cuando G... volvió á levantarse despues de la segunda pe-

lea, su adversario apareció otra vez en su domicilio, y á consecuencia de esta visita tuvo lugar el tercer acto del duelo.

En suma, los combates continuaron hasta que el tafetan, reducido á su última expresion, no presentaba ya mas que un punto negro.

— Ya llego al fin de mi tafetan, dijo entonces el vencedor á su adversario, y vos llegais al fin de vuestras penas.

Y G... quedó muerto esta vez despues de haber padecido algunos meses.

— Damos en la página 384 el dibujo de una de las decoraciones mas asombrosas del nuevo baile titulado *la Estrella de Mesina*, de que hemos hablado ya á nuestros lectores. Es la fiesta en casa del gobernador, cuando la compañía de baile ambulante representa *La sublevacion de las hadas*, episodio en que Gacela (la Ferraris) representa el principal papel. El pintor M. Martin ha sabido comprender y trazar en el lienzo todas las maravillas que la imaginacion mas oriental es capaz de concebir en el pais de las hadas.

MARIANO URRABIETA.

## No digas de tí mal digo.

A ESMERALDA.

Esmeralda de mi alma,  
Estrella resplandeciente,  
Cuya luz pura y luciente  
Haces llegar hasta mí:  
Tú que luces cual del cielo  
Aquesa luna velada,  
No te muestres disgustada  
Si este canto llega á tí.

Virgen candorosa y bella,  
Que en tu pecho ya has sentido  
Ese deseo tan querido  
De ser amada y amar:  
Ese deseo peregrino  
Que hace la vida un ensueño  
Cuando en amoroso empeño  
Se la siente deslizar:

Y en cada día, en cada hora,  
Nuestra mente entusiasmada  
Se encuentra mas poetizada  
Por celestial ilusion,  
Y solo deseamos ver  
Al objeto que se adora,  
Y es por él ¡ay! si se llora,  
Y es por él nuestra afliccion.

Ese afliccion peregrina  
Que sin cesar nos oprime,  
Y se solloza y se gime,  
Mas se gime con placer.  
Y al desahogar esa pena  
Que está el pecho desgarrando,  
Mil suspiros se van dando  
Que dicen lo que es querer.

Suspiros que el pecho exhala  
Tiernos, lánguidos, amantes,  
Y á la par son abrasantes  
Cual la lava de un volcan.  
Suspiros que en lontananza  
Se evaporan, y una pena,  
Un alma de amores llena  
Revelando al mundo van.

No solloces, ángel mio;  
Enjuga tu amante lloro,  
Que si me amas, yo te adoro,  
Es tuyo mi corazon.  
No tu vida tan temprano  
Llenes de intensa amargura,  
Tú eres inocente y pura,  
Sencillo es tu corazon.

Apenas miras el mundo  
Cuando sientes que palpita  
Tu pecho, y algo en él grita  
Que tiene ya una pasion.  
Una pasion ardorosa  
Y un corazon inocente  
Que amor te pide, y se siente  
Presa ya de un tierno amor.

Un corazon, que ignorabas  
Si le tenias, hasta ahora,  
Y al hablar, es porque adora,  
Porque hizo á un mortal su dios  
Teme pues, bella Esmeralda,  
Teme ese fuego abrasante,  
Que aunque es bello, es devorante  
Cual aquilon destructor.

Mas si acaso no te arredra  
El sufrir dolor intenso,  
Si ese tu amor es inmenso  
Cual el cielo, cual el mar :  
Si quieres saber lo que es  
Esa fatiga amorosa  
En que el alma no reposa ;  
Si quieres en fin amar ;

Si quieres sentir un fuego  
Devorador, que calcina  
El corazon; ven, é inclina  
La cerviz, tierna mujer.  
Ver entonces, Esmeralda,  
Ven, enjugaré tu lloro,  
Que si me amas, yo te adoro,  
Yo te enseñaré á querer.

Yo te enseñaré esa senda  
De flores; ¡verás mi cielo!  
Te cubriré con el velo  
Del misterio y la pasion.  
Y te daré, mi Esmeralda,  
Ese amor que dulce y tierno  
Se introduce, y es de infierno  
Su fuego devorador.

Yo te enseñaré á gozar  
En palacios y cabañas,  
En las ondas de la mar :  
Te haré mi ángel tutelar,  
El amor de mis entrañas.

Y doblaré la rodilla  
Ante tí, cual mi Señor,  
Mas tu frente sin mancilla  
Pálida pondrá, amarilla,  
El sufrimiento de amor.

Y á mis besos abrasantes  
De tus labios el carmin  
Perderás, mas anhelantes  
Nuestros pechos palpitanes  
Se amarán, mi serafín.

Si á pesar de esto me adoras,  
Ese cielo me es testigo,  
No infiel seré; mas si lloras  
En tus amorosas horas  
No digas : ¡de tí maldigo!

JOSÉ H. GONZALEZ.

### A monseñor Miecislao

CONDE LEDOCHOWSKI, ARZOBISPO DE TEBAS, EN EL DIA DE  
SU CONSACRACION.

CORO.

Justo Dios, que del justo prometes  
Ser escudo y tambien galardón,  
Con tus alas protege benigno  
A tu fiel denodado Pastor.

La inclemente facion que en Granada  
Hoy tremola sangriento pendón,  
Al lanzar al pontífice invicto  
Agregó á su guirnalda otra flor :  
Siempre el mártir del Circo en la arena  
Entregado á merced del león,  
Al esfuerzo de rudos tiranos  
Con su sangre la palma compró.

Todo un lustro el apóstol ilustre  
En el mundo yo ví de Colón  
Desplegar en sus altas funciones  
Noble celo y constante fervor :  
¡Oh! si fuera potente mi labio  
Pregonara de trompas al son  
De su sábia conducta los frutos,  
De su pura virtud el fulgor.

Cual arrasa la mies en los campos  
De un incendio el estivo furor,  
Tal la rabia de huestes ferinas  
En Granada ciudades barrió.  
Con el ramo de oliva el apóstol  
Recorriendo los campos veloz,  
De fraterna venganza contuvo  
Los estragos, el luto, el horror.

Desplegando el carácter augusto  
Del que posa en el trono de amor,  
Con su dulce, paterno semblante

Cien tormentas y cien sosegó :  
La dulzura del Dios humanado  
Que en su barca escuchó al Pescador,  
Sola impuso silencio á las ordas  
Que azotaba furioso aquilon.

El, despues que sus dulces consuelos  
A mis padres allá prodigó,  
Con mi llanto mezcló aquí su llanto,  
Y agregó á su dolor mi dolor :  
¡Y á él mi patria con mano de hierro  
De su seno atrevida lanzó!  
¡Y á él rehusan las indias palmeras  
Guarecer de los rayos del sol!

No mi patria, que gime inocente  
Es culpable del crimen atroz,  
Mas la turba de ingratos rebeldes  
Que el abismo tal vez abortió :  
¡Ah! Granada del Justo los hechos  
En sus páginas áureas grabó,  
Y con duelo profundo, en sus manos  
Puso el ramo de paz y de amor.

¡Compatriotas! si ya vuestros padres  
A escuchar nunca tornan su voz :  
Si Granada en el llanto sumida  
Para siempre su apoyo perdió :  
¡Gratos hoy nuestros pechos palpiten  
De ternura hácia el noble Pastor!  
¡Gratos siempre pidamos al cielo  
Le conceda inmortal galardón!

CORO.

Justo Dios, que los votos escuchas  
De quien pide tu sacro favor,  
Aureola radiante de gloria  
De tu siervo en las sienas depon.

LOS ALUMNOS NEOGRANADINOS  
del Seminario americano de Roma.

### Costumbres orientales.

#### LA MUJER.

Los conventos católicos de Damasco, como los de Jerusalén, educan á las huérfanas turcas ó árabes que sus familias abandonan. Las religiosas son allí madres de caridad. Sean esclavas ó desheredadas, se hacen libres y cristianas acogiendo á tan sagrado asilo.

La industriosa actividad sucede á su ignorante pereza. Poco á poco las manos antes ociosas acaban por acostumbrarse al trabajo, ejerciendo los oficios modestos y útiles de la vida doméstica.

Los hábitos europeos las trasforman completamente; el bordado sigue á la costura, y al alegre canto que se mezcla en todos los ejercicios diarios, el rezo de la Virgen María y la lectura instructiva.

Pasado algun tiempo, las niñas acogidas no se conocen á sí mismas.

La superiora del convento de Damasco es una señora de eminente mérito. No es fácil encontrar alma tan elevada, de tan delicado sentido y exquisito tacto. Conocía el mundo como si en él hubiera vivido, y le juzgaba como si nada tuviera que esperar de él.

Fuera de estas educandas cristianas, solo hay en Oriente adorables criaturas, encanto de los ojos, hechizo de los sentidos; pero no mujeres.

La mujer oriental se llama Haydea, Gulgara ó Medorah, cuando pertenecen á un rango elevado.

Hé aquí el cuadro estereotípico de su vida.

El sol ha recorrido la mitad de su carrera.

Las esclavas no han levantado la cortina de seda que cubre las ventanas de la habitacion.

No ha amanecido aun en el harem de las damas turcas.

Suena el timbre de plata.

Las esclavas acuden y abren el ajimez al sol.

Gulgara extiende sus lánguidos brazos.

Haydea bosteza.

Presentan á Medorah un pebetero cargado de perfumes, cuya humareda entretiene las pesadas horas y prolonga al través del dia los voluptuosos sueños de la noche.

Despues se sirven aromáticas conservas, sorbetes y copas de rosas líquidas.

¿Hojea un libro?  
Medorah no sabe leer.

¿Tomar una aguja?  
La favorita nunca trabaja.

La casa anda como Dios quiere, entregada á las esclavas que la saquean.

¿A qué ocuparse de la fortuna de su señor, cuando el repudio puede separarla de él para siempre al siguiente dia?

Los niños medio desnudos, hermosos si los cuidaran, juegan sobre las esteras de Egipto, ó ruedan por encima de los tapices de Persia.

La madre nada tiene que enseñarles porque nada sabe.

Viene á visitarla una amiga.  
La odalisca empieza á desplegar telas de Brousse, gasas de Argelia y chales de la India.

Luego por la puerta secreta entran las *almecas*, sabias en el arte de conmovier, que entonan voluptuosos cánticos y danzan bailes en extremo libres.

Por la tarde, nuestra sultana baja á los jardines del harem, atraviesa con lentitud sus largos paseos, se detiene un instante á la sombra de los limoneros ó de los floridos jazmines, y mira al cielo con sus negros y melancólicos ojos, brillantes y dulces como los de las gacelas de su pais, sin buscar cosa alguna detrás del azulado firmamento.

No temiendo indiscretas miradas, pone en manos de las esclavas el blanco turbante que vela su frente, y el alboroto que oculta en tres grandes pliegues su elegante cintura.

Su chupa bordada con flores de plata, de largas mangas entreabiertas, deja ver una camisa de gasa tan imperceptible, que parece tejida por los céfiro.

El ancho pantalon cae flotando hasta los piés que se occultan en dos babuchas sembradas de perlas.

Dos argollas de plata se ajustan cariñosamente á sus desnudos tobillos.

Los brazos labrados á cincel en el mármol vivo de su juventud, abandonan los brazaletes espirales de serpientes de zafros con cabezas de rubies.

Los dedos se mueven cargados de sortijas, en las cuales el artista ha grabado los encantos del amor.

Largas trenzas entrelazadas con cequíes de oro perfuman el aire que las acaricia.

Se adivina que esta mujer no tiene mas que indicarse para ser obedecida y arrastrar el mundo con un caballo.

Llega la noche.  
El señor viene ó no viene.

Así empieza y acaba el dia : mañana lo mismo que hoy... lo mismo que ayer... lo mismo siempre...

Esta es la vida de las turcas ricas.

La de las pobres no es mejor; pero tiene de menos ese barniz de elegancia con que la fortuna decora sus vicios, y de mas la horrible miseria con que siempre castiga la pereza del necesitado.

El marido vive lejos de ella y fuera de su casa.

Se le encuentra en el café, en la mezquita, bajo los árboles ó al borde de las fuentes. Huye de la vida doméstica.

Apenas se levanta la mujer del pueblo, su primer cuidado es enviar por tabaco para el dia.

El pan vendrá mas tarde, si quedan algunas piasstras en casa.

Encendida la pipa, no se apaga hasta la noche.

La fumadora se sienta con los brazos caídos y cruzadas las piernas en su divan de harapos, y deja pasar las horas siguiendo con la vista las azuladas espirales de humo.

Los niños hambrientos y desnudos gritan y lloran en un rincón.

Unos cuantos azotes distribuidos á tiempo por la mano materna, restablecen la paz y el silencio.

Una vieja esclava les reparte ensalada verde ó trozos de sandía para acallar su hambre.

La ama continúa fumando.

Entra el marido, y de seguro se acuesta sin obtener de su esposa, fria y taciturna, una palabra, una sonrisa, una sola mirada de amor conyugal.

¡Civilizacion egoista de Europa, ten piedad de las mujeres de Oriente!

¡Salud á tí, oh cristianismo, que haces un ángel de la esclava del placer sensual!

B. DEL BARCO.

### El valle de Dappes.

El valle de Dappes, motivo de una cuestion ruidosa que ha surgido á principios de este mes entre la Francia y la Suiza, está situado en la frontera francesa, en el canton de Vaud, y forma la única interrupcion del camino entre el fuerte de Rousses y el fuerte de la Ecluse. El límite francés y el límite suizo no están allí trazados de un modo positivo, y desde 1814 esta demarcacion irregular puede producir á cada instante graves dificultades entre los dos gobiernos.

El 28 de octubre, á consecuencia de riñas ocurridas entre franceses y suizos en el valle de Dappes, un destacamento de línea francés salido del fuerte de Rousses ocupó la aldea suiza de Cressonnières para operar en ella algunas prisiones. La prensa comentó el hecho con mucha irritacion, y entonces el diario oficial francés publicó el siguiente artículo :

« Como la prensa extranjera hace numerosos comentarios respecto á la aparicion de algunos gendarmes y soldados franceses en la aldea de Cressonnières, perteneciente al valle de Dappes, importa reducir los hechos á su verdadero valor. No estamos todavía exactamente informados acerca del incidente que parece ha motivado la presencia de un destacamento de tropas sobre este punto, y por consiguiente las reclamaciones del consejo federal; pero podemos afirmar que el gobierno del emperador jamás ha tenido la idea de dirimir por la fuerza y por medio de una ocupacion militar una cuestion territorial pendiente entre la Francia y la Suiza desde 1815.

» Resultaba del hecho mismo de este litigio una especie de neutralización del territorio contestado, la cual ha sido atacada recientemente por las autoridades del canton de Vaud, quienes han hecho proceder, durante los meses de julio y octubre de este año, á dos prisiones en el valle de Dappes.

» El gobierno del emperador habia protestado en Berna contra esta alteración del *statu quo*, anunciando que si los gendarmes de Vaud ejercian de nuevo actos de jurisdiccion en el valle de Dappes, nos encontraríamos en la necesidad de oponernos á ello. Ahora bien, como el tribunal de Nion acababa de pronunciar una condena á prision contra un súbdito francés que habita en dicho territorio, se ha tratado meramente de impedir fuese apresado.

» El asunto no tiene pues al parecer la gravedad que se le ha querido atribuir.

» No dudamos que volverá á sus verdaderas proporciones despues de francas explicaciones con el consejo federal, y que estas preparen quizás la conclusion de un arreglo destinado á poner término á los conflictos que no podian menos de originarse de un estado de cosas mal definido.»

Hé aquí cómo se expresa por su parte el *Bund*:

«¿Porqué da la Francia tanta importancia á la posesion del valle de Dappes? Quizás diga que es para su seguridad, para su defensa, á causa del valle de Rousses, que está muy próximo. Por nuestra parte creemos que sus motivos son muy diferentes. El valle de Dappes forma la sola interrupcion del camino entre el fuerte de Rousses y el fuerte de la Ecluse, las dos fortalezas de la Francia enfrente de Ginebra.

» Si el valle de Dappes fuera francés, la Francia podria comunicar libremente de una á otra de estas fortalezas, y Ginebra se encontraría en medio de ellas como el raton en la ratonera. Además, para ir del fuerte de Rousses al pais de Gex sin pasar por la Suiza, y de allí á Ginebra, sería menester á la Francia el valle de Dappes. En una palabra, el valle de Dappes es un nuevo puesto avanzado de la Francia respecto á Ginebra.

» A consecuencia de la anexión de la Saboya, Ginebra se ha encontrado cogida como en una tela de araña. De seis grandes caminos que terminan en Ginebra, cinco vienen directamente de Francia: los del Chablais, del Arve, de Saint-Julien, de Lyon y de la Faucille. Estos caminos rodean á Ginebra hasta una pequeña salida que queda abierta por el lado de la Suiza y por la cual conduce el único camino que une á Ginebra con la Suiza.

» Este camino podria ser cortado tanto mas fácilmente si la Francia estuviera en posesion del valle de Dappes, cuanto que desde allí el camino por Versoix y Nion puede ser interrumpido en el espacio de dos horas. De suerte que se trata, en el asunto del valle de Dappes, de completar la tela de araña contra Ginebra. Desgraciadamente, la Suiza ha renunciado á su costado de Saboya y se ha contentado con protestas escritas. ¿Se en-

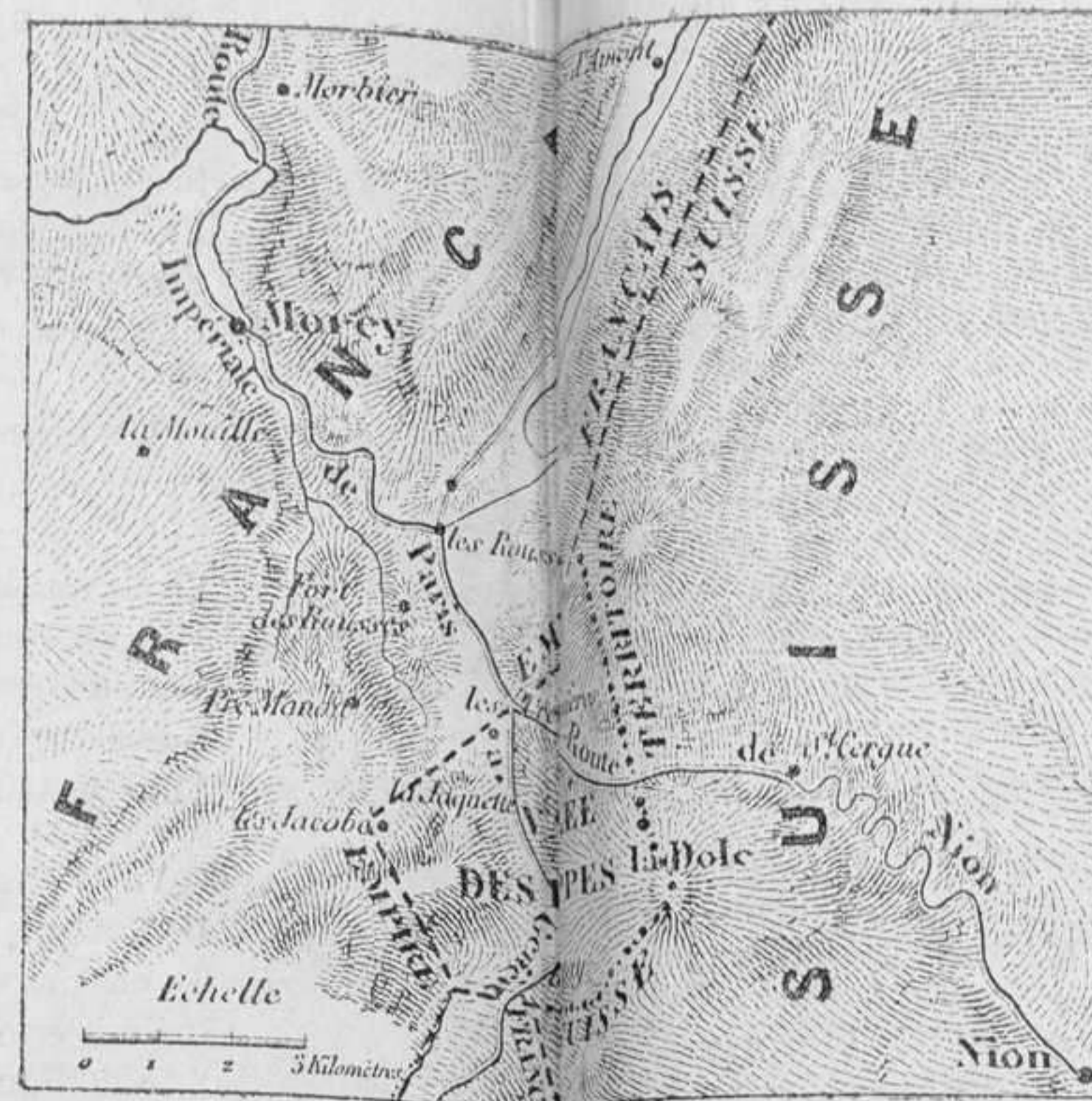


TIPOS SUIZOS DEL CANTON DE VAUD.

contrará también satisfecha con recibir papel y tinta por su costado del valle de Dappes?

» Debemos añadir que el valle de Dappes forma realmente un territorio suizo. Pertenece á la Suiza desde que el canton de Vaud es suizo. Si las palabras pronunciadas tiempo hace de defender á costa de la vida cada palmo de territorio suizo fueran formales, casi no puede haber divergencia acerca de esta cuestion entre los confederados.»

Ahora volviendo al hecho en cuestion, diremos que el consejo federal consideró el incidente como una violacion de territorio, representó en este sentido al gobierno francés, y sobre estas observaciones el destacamento de tropa de línea



PLANO DEL VALLE DE DAPPES.

fué retirado inmediatamente quedando restablecidas así las buenas relaciones entre la Francia y la Suiza.

Este nuevo incidente prueba que hay necesidad de arreglar de un modo definitivo la cuestion del valle de Dappes; que aunque no tiene en si una grande importancia, constituye una amenaza continua de dificultades en ese punto de las fronteras francesas.

**El Noble en la miseria.**

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Conclusion.)

— Y decir que ahora podria ser tan dichosa, que podria volver á ser dueña



TIPOS SUIZOS DEL CANTON DE VAUD.

del Grinselhof, donde vino al mundo y ha crecido; que ahora el señor de Vierbecke podria pasar aquí sus últimos dias sin penas y sin inquietudes, en tanto que andan errantes por el mundo... ¡Ah! es muy triste saber que nuestros bienhechores son tan desgraciados, y no poder hacer nada por socorrerlos, nada más que pedir á Dios y esperar en su misericordia.

La pobre mujer sin intencion habia removido en el corazon de su amo las fibras mas sensibles, y le habia conmovido profundamente; al fin observó que de sus ojos se escapaban lágrimas silenciosas y que sus dedos se crispaban, y entonces repuso con ansiedad:

— Perdonadme que os haya hecho llorar... mi corazon está muy oprimido, y hablo sin quererlo. Si he hecho mal, sois tan bueno que no os incomodareis, porque quiero tanto á nuestra señorita, y deploro que esté en la desgracia. ¿Se os ocurre algo?

Quiso partir, pero el joven levantó la cabeza, y comprimiendo sus lágrimas dijo con voz alterada:

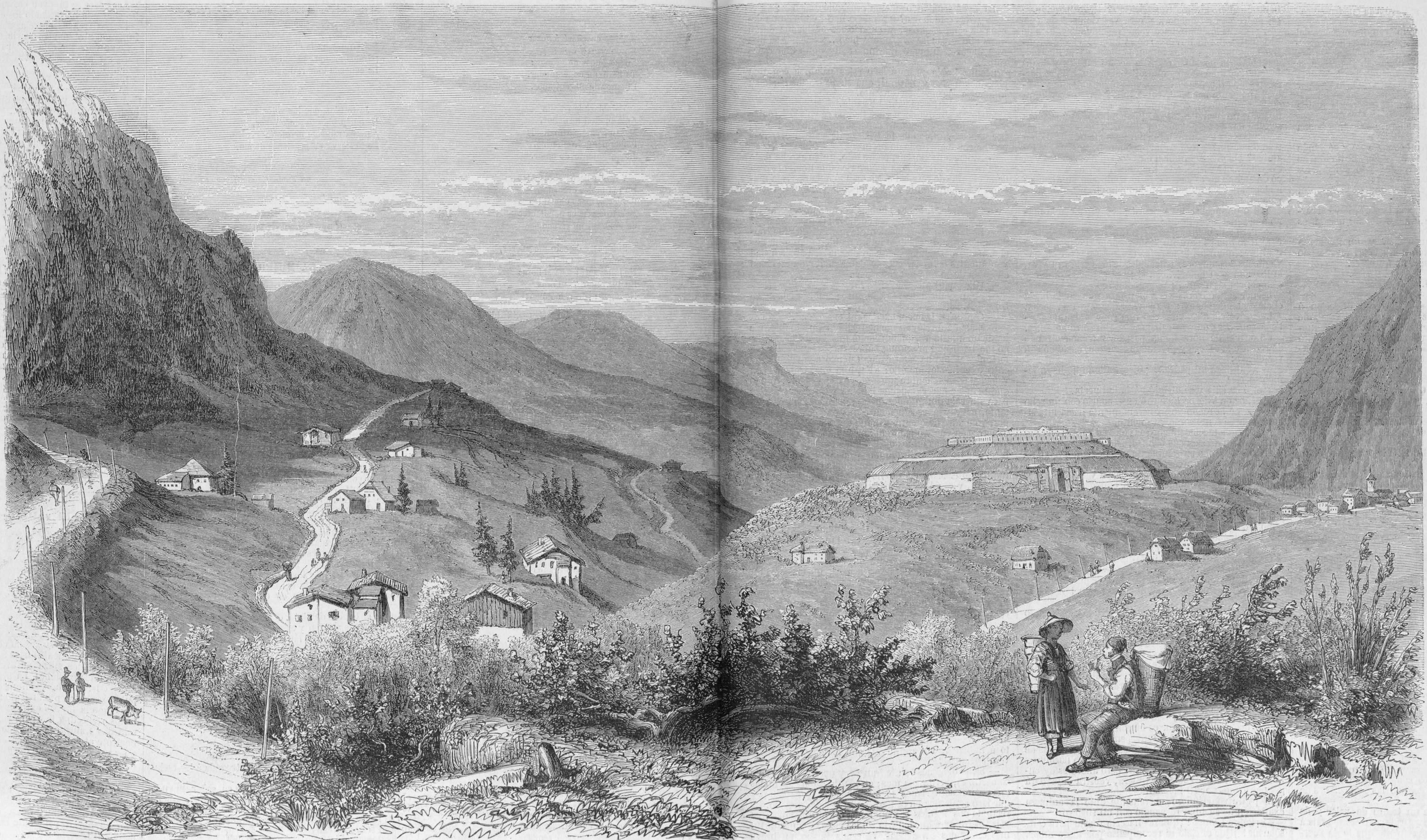
— ¿Yo incomodado porque mostrais tal cariño á la pobre Leonor? No por cierto: al contrario, mi corazon os bendice. Mucho me han aliviado las lágrimas que me habeis arrancado de los ojos, pues padezco mucho y soy muy desgraciado. La vida me pesa, y si Dios en su misericordia quisiera llevarme del mundo, moriría contento... Toda esperanza de verla en la tierra desaparece: ¡quizá me aguarda en el cielo!

— ¡Ah! ¿qué decis? exclamó la labradora con terror; no, eso no puede ser.

— Vos la llorais, buena mujer, prosiguió el joven sin hacer caso de la interrupcion; ¿y no comprendéis que mi alma debe consumirse de amargura? ¿No comprendéis que no pueda tener un instante en mi vida sin que una nueva pena venga á despedazar mi corazon? ¡Ay! despues de haber pedido á Dios como una gracia suprema la felicidad de volverla á ver; despues de vencidos todos los obstáculos, haber corrido hácia ella loco de amor y de esperanza para hacerla mi esposa colmándola de felicidades... y por toda recompensa, por todo consuelo, encontrarme en el aislamiento mas espantoso... ¡Saber que es pobre, que sufre humillaciones y miserias; saber que mi amada Leonor gime bajo el peso de un horrible infortunio, y no poder hacer nada por salvarla; estar condenada á contar en una desesperacion impotente sus dias de afliccion, sin estar aun seguro de que el dolor no la haya llevado á la sepultura!

Un profundo silencio siguió á tan tristes quejas; la labradora habia inclinado su cabeza sobre su pecho profundamente conmovido; sin embargo, al cabo de algunos instantes trató de consolarle y le dijo:

— ¡Ah! comprendo muy bien lo que padeceis; pero ¿porqué desesperar aun? ¿Quién sabe si de repente no se descubrirá su paradero? Dios es bueno y atenderá á nuestras súplicas... y la alegría de volverla á ver nos hará olvidar todas nuestras penas pasadas.



CAMINO DE NION. CAMINO DE GINEBRA Y ALDEA DE LA CRESSONNIERE.

EL VALLE DE DAPPES.

FUERTE DE ROUSSES.

ALDEA DE ROUSSES.



— Ojalá se realice vuestra profecía; pero hace ya siete meses que han salido de aquí; hace tres que les buscan cien personas; en todas las ciudades se han hecho mil pesquisas para descubrirlos, y no se ha obtenido nada, ni el menor indicio de que estén en este mundo. Mi razón me dice también que no debo desesperar; pero mi corazón desgarrado exalta mi desgracia y me grita que la he perdido... ¡perdido para siempre!

Disponiase á dejar el freno y quería alejarse de la labradora, cuando de repente alzó los ojos con sorpresa señalando con el dedo el camino que conducía al Grinselhof.

— ¿No ois nada? exclamó.

— Es un caballo al galope, respondió la labradora sin comprender porqué aquel ruido producía en él tan fuerte impresión.

— ¡Pobre loco! dijo el jóven suspirando; ¿qué me importa en efecto que pase un caballo al galope?

— Mirad, entra en la avenida, exclamó la labradora con una emoción creciente. ¡Dios mio! es un mensajero que trae noticias...

En efecto, el jinete atravesó la puerta al galope y detuvo su montura en cuanto vió al jóven y á la labradora que se precipitaban hácia él.

Al punto se apeó, sacó una carta del bolsillo y la presentó al amo del Grinselhof diciéndole:

— M. Denecker, vengo de parte del señor notario que me ha encargado os traiga esta carta sin perder un minuto.

Después de estas palabras se llevó á la cuadra su caballo bañado en sudor.

M. Denecker rompió con mano trémula el sobre del mensaje, en tanto que la labradora sonriendo de esperanza seguía todos los movimientos de su amo.

A la lectura de las primeras líneas M. Denecker se puso pálido como un difunto, y á medida que proseguía comenzaba á temblar en todo su cuerpo, hasta que por fin alzando las manos al cielo exclamó con delirio:

— Gracias, gracias á vos, Dios mio, que me la habeis devuelto.

— Señor, señor, gritó la labradora, ¿no es una buena noticia?

— Sí, sí, regocijaos todos... Leonor vive y sé dónde está. Voy á buscarla, repuso M. Denecker medio loco de júbilo, corriendo hácia la casa, llamando á todos los criados y diciéndoles con precipitación:

— El coche de viaje... los caballos ingleses... pronto, pronto...

Y poniendo él también manos á la obra, llevó al carruaje que habían sacado ya, varios objetos necesarios para el viaje.

Los caballos fueron enganchados, y un momento después el coche arrancó como una flecha, levantando en los aires el polvo del camino de Amberes.

## XI.

Nosotros también vamos á viajar con dirección á Francia á la ciudad de Nancy, en busca del señor de Vlierbecke y de su hija. Recorreremos muchas callejuelas estrechas del barrio llamado de la Ciudad Vieja para detenernos por fin delante de una tiendecilla de zapatero. Aquí es; atravesemos la tienda, subamos la escalera... mas arriba aun... abramos esa puertecilla.

Todo aquí anuncia la indigencia, si bien reina por todas partes el mayor aseo. Las cortinas de la cama están blancas como la nieve, y el suelo está regado de arena á la moda flamenca.

Delante de la ventana abierta hay tiestos de violetas y margaritas, y á su lado cuelga una jaula con un jilguero.

— ¡Qué calma en este cuartito! Nada turba en él su apacible soledad.

Sin embargo, cerca de la ventana está sentada una jóven, pero tan ocupada en una labor de costura, que no se nota mas movimiento que el que hace meneando la aguja.

El traje de la jóven costurera es de los mas humildes; pero le lleva con tanta gracia, que una atmósfera de frescura y de alegría parece envolverla como una aureola.

— ¡Pobre Leonor! Esa es la suerte que te estaba reservada. Ocultar tu noble origen bajo el humilde techo de un artesano, buscar lejos del lugar de tu nacimiento un refugio contra el insulto y el desprecio, trabajar sin descanso, luchar contra la necesidad y las privaciones, consumir tu vida bajo el peso del dolor y la vergüenza con el corazón desgarrado por las incurables heridas de las humillaciones y de la desesperación.

— ¡Ah! sin duda la miseria ha dado á tu rostro encantador sus tonos amarillos y macilentos; la tristeza ha inundado tu alma y ha quitado á tu mirada su radiante brillantez.... ¡Flor moribunda corvada por un mal oculto!

— Pero no, á Dios gracias no ha sucedido así; la sangre heróica que corre por tus venas te ha hecho fuerte contra el destino. Tu angélica belleza deslumbraba mucho mas que antes todavía. Si tu vida encerrada en un estrecho espacio ha hecho perder á tu cutis sus dorados reflejos, la suave expresión de tu rostro ha tomado un carácter mas tierno, tu hermosa frente se muestra mas tersa y pura, los rosados matices de tus mejillas son mas frescos. Sus ojos negros conservan su fuego, su boca fina y delicada no ha perdido las seducciones de su virginal sonrisa.

Quizá su corazón encierra un tesoro de valor y de esperanza; quizá una imagen querida aparece todavía á su mirada. ¿No es el recuerdo la fuente que te da fuer-

zas para luchar victoriosamente contra la adversidad?

Contemplad un instante á la hermosa jóven; un sueño se apodera de ella. Su mano se detiene, ya no trabaja. Con la cabeza inclinada sobre su labor clava sus miradas en el suelo, en tanto que su alma arrebatada á lejanas regiones se abandona á la corriente de sus amorosas ilusiones.

Deja su labor sobre la silla y se levanta lentamente. Adelantándose á la ventana contempla un instante sus humildes flores, coge una margarita, la deshoja distraída, y luego su mirada vagando por el espacio se detiene por fin en un castaño cuya copa secular aparece por enmedio de las techumbres.

La vista de ese follaje bien conocido la produce una viva impresión; una incomprensible sonrisa asoma en sus labios y sus ojos se llenan de lágrimas; presa de una ardiente excitación moral aspira gozosa el aire fresco de la primavera y los cálidos rayos del sol. La expresión de su fisonomía cambia á menudo; diríase que su imaginación la trasporta en medio de seres amados y que les habla de felicidades futuras. Sus labios murmuran un nombre ininteligible que acompaña cada vez una lánguida sonrisa. ¿Quizá pronuncia el nombre de su amado que está ausente!

En breve su mirada se fija en el pajarillo que salta inquieto en la jaula y quiere romper con el pico el enrejado de su cárcel.

— ¿Porqué quieres dejarnos, pajarillo? exclamó con voz suave. ¿Porqué quieres partir cuando eres nuestro fiel compañero en nuestras tristezas? Regocijate pues; mi padre ya está bueno... y otra vez vamos á ser felices. ¿Qué es lo que te hace volar precipitado dentro de tu jaula? ¡Oh! Es terrible; no es cierto? el verso cautivo cuando á dos pasos reinan la alegría y la libertad, cuando se ha nacido en medio de los campos y de los bosques, cuando se sabe que allí solamente, bajo el hermoso sol de Dios, se lleva una vida independiente y grata. ¡Ah! pobre pajarillo, como tú soy yo una criatura de la naturaleza; yo también he sido arrancada del lugar de mi nacimiento, yo también lloro la majestuosa soledad donde he pasado mi infancia, y las apacibles sombras que abrigaron mi cuna. Pero ¿te ha sucedido á tí lo que á mí? ¿Te han arrebatado para siempre un amigo? ¿Lloras tú también otra cosa que el espacio y la libertad?... ¡Ay! ¡Qué te pregunto! Ha vuelto el tiempo de amar; ¿no es cierto? Te he comprado en tiempos mejores, has sido durante mucho tiempo mi único compañero, mi amigo...

Y al pronunciar estas palabras, la jóven llevó la mano á la jaula y prosiguió:

— Pero adivino tus dolores, no quiero ser mas tiempo para tí lo que es para mí la inexorable suerte. Sal, estás libre; que Dios te proteja. Corre á saborear anchamente las dos mayores felicidades de toda criatura viva, la libertad y el amor!... ¡Ah! ¡qué grito de júbilo y cómo abres las alas!... ¡Adios, adios!

Leonor siguió con la vista al pajarillo que subía hácia el cielo hendiendo los aires con la rapidez de una flecha.

Luego volvió á sentarse con una sonrisa de dulce satisfacción, y se puso á trabajar con ahinco como antes.

Un cuarto de hora habia pasado, y Leonor alzando de repente la cabeza y prestando atención, exclamó con voz alegre:

— Aquí llega mi padre... ¡Dios quiera que haya tenido suerte!

Y dejó su silla y se dirigió hácia la puerta.

El señor de Vlierbecke entró en el cuarto con un rollo de papel en la mano y se fué lentamente hácia una silla, donde se sentó con abatimiento.

Habia enflaquecido mucho; sus ojos se habian en cierto modo hundido en sus órbitas, sus mejillas estaban descañadas, todo su semblante se hallaba alterado. Se conocía que una grave enfermedad habia debilitado á un tiempo en él las fuerzas del cuerpo y las del alma.

Estaba vestido pobremente. Sin embargo, se notaba que habia luchado largo tiempo para ocultar las huellas de su miseria, pues nadie habria podido descubrir en sus ropas ni una mancha ni un poco de polvo; pero el paño estaba rapado; aquí y allá se advertían remiendos mal disimulados, y además los vestidos le eran anchísimos después de lo que habia adelgazado.

Leonor le contempló un instante con profunda aflicción.

— Padre mio, ¿os sentís otra vez indispuerto?

— No, hija mia, respondió, ¡pero tengo tanta desgracia!

La jóven le abrazó tiernamente y le dijo estrechando su mano con cariño:

— Hace apenas ocho dias estábais enfermo en cama; hemos pedido al cielo vuestro restablecimiento como la mayor felicidad que podia darnos en el mundo, y Dios ha escuchado nuestras plegarias; estais sano, y he aquí que al primer contratiempo os desesperais nuevamente. Nada habeis logrado hoy ¿no es verdad? Lo leo en vuestro rostro... Pues bien ¿qué importa? ¿eso nos impedirá ser dichosos? Animo, sepamos como otras veces luchar contra el destino, seamos fuertes, que la miseria no nos acobarde; el valor es también una riqueza. Vamos, padre mio, olvidad vuestra pena, miradme, ¿estoy yo triste? ¿Me dejó abatir yo por los pensamientos de desesperación? Si, yo he llorado y he sufrido porque os veía minado por la enfermedad... pero ahora estoy curada; ahora, suceda lo que quiera, vuestra hija dará gracias á Dios por su bondad.

El padre sonriéndose suavemente ante la animosa exaltación de su hija, respondió con un suspiro:

— ¡Pobre Leonor! ¡quieres hacerte fuerte para consolarme! ¡Que el cielo te recompense por tanto amor.

Sé de dónde dimanan tus fuerzas, y sin embargo, ángel mio, tu palabra y tu sonrisa tienen tal influencia sobre mí, que me parece que una parte de tu alma penetra con ellas en la mía. Vuelvo con el corazón desgarrado, la cabeza perdida, loco de desesperación, y tu mirada ha bastado para consolarme!...

— Vamos, padre mio, dijo la jóven interrumpiéndole y multiplicando sus caricias, contadme vuestras aventuras, y os diré después una cosa que no dejará de alegraros.

— ¡Ay! hija mia, he ido al colegio de M. Roncevaux para continuar mis lecciones de inglés, y durante mi enfermedad un inglés ha tomado mi puesto; hemos perdido lo mejor de todo lo que habiamos alcanzado.

— ¿Y la lección de alemán de la señorita Paulina?

— La señorita Paulina ha marchado á Estrasburgo para no volver. Ya ves, Leonor, que todo lo perdemos á un tiempo. ¿No tenia buenas razones para alligirme? Tú también deploras la noticia, lo conozco en tu palidez.

La jóven en efecto, bajaba los ojos y parecia hallarse consternada; pero las últimas palabras de su padre la hicieron volver en sí y respondió haciendo un esfuerzo para aparentar alegría:

— Pensaba en la pena que todo eso ha debido causaros y me habia conmovido; pero no obstante, tengo motivos para estar alegre; sí, padre mio, pues yo por mi parte os daré buenas noticias.

— ¿De veras? Me sorprendes.

La jóven señalando su silla prosiguió diciendo:

— ¿Veis este lienzo? Pues debo hacer con él una docena de camisas finas, y cuando las acabe me darán otras tantas. Me las pagan muy bien... y además sé una cosa mejor aun, pero que no es mas que una esperanza.

Leonor habia pronunciado estas palabras con una alegría tan viva y natural, que su padre sufriendo su influencia se sonrió de contento.

— Pero bien, explícate, hija mia.

La jóven sin querer perder tiempo se volvió á sentar y continuó trabajando. Se conocía que estaba satisfecha por haber triunfado de la tristeza de su padre, y respondió como en trono de broma:

— Nunca adivinariais, padre mio, quién me ha dado toda esa labor. Ha sido la señora rica que habita la casa de la esquina de esta calle. Me mandó á llamar esta mañana y he ido durante vuestra ausencia; os extraña, ¿no es verdad?

— En efecto, Leonor; ¿hablas de madama de Royan para quien te encargaron los cuellos? ¿Cómo te conoce?

— Lo ignoro; probablemente la maestra que me confió aquel difícil bordado la habrá dicho quién lo ha hecho. Hasta debe haber hablado de vuestra enfermedad y de nuestra pobreza, pues madama de Royan está bien enterada de lo que nos concierne.

— ¡Dios mio! ¿Sabria acaso?...

— No, no sabe nada ni de nuestro nombre ni de nuestro pais...

— Continúa, Leonor, excitas mi curiosidad.

— Madama de Royan me ha recibido muy afable, me ha dicho que la gustaban mucho mis bordados, y luego me ha hecho preguntas sobre nuestros pasados infortunios y me ha consolado. Cuando su doncella me entregó el lienzo, me dijo: «Ea, hija mia, trabajad con valor, y si sois siempre juiciosa, yo os protegeré. Tengo que mandar hacer muchas labores y podreis trabajar para mí sola durante dos meses; pero esto no es bastante, os voy á recomendar á mis numerosas relaciones, y cuidaré de que no os falte tarea para que podais ponerlos con vuestro padre al abrigo de la necesidad...» Yo, con lágrimas en los ojos tomé su mano y la dí un beso. Ese noble y delicado modo de obrar que me daba no una limosna, sino trabajo, me habia conmovido profundamente. Madama de Royan leyó mi gratitud en mis ojos, y me dijo con mas benevolencia aun poniéndome una mano en el hombro: «Animo, hija mia; vendrá un tiempo en que tendreis que tomar oficiales para que os ayuden, y así se llega poco á poco á formar un obrador.» Hé ahí lo que me ha dicho, sus palabras se han quedado bien grabadas en mi memoria.

Y abrazando de nuevo á su padre añadió con efusión:

— ¿Qué decís ahora, padre mio? ¿no son estas buenas noticias? ¿Quién sabe? Oficiales, un obrador, un almacén, una criada... Vos para las cuentas y las compras... yo vigilando á las trabajadoras... ¡Oh! ¡Dios mio!... Es bien lisonjero el saber que debe uno la felicidad al trabajo de sus manos... Entonces, padre mio, se cumpliría vuestra promesa; entonces podriais pasar cómodamente vuestra vejez.

Habia en la sonrisa del señor de Vlierbecke tanta serenidad, que se conocía que se habia dejado fascinar por las palabras de su hija hasta el punto de olvidar por completo su situación presente. Al cabo él mismo lo advirtió y dijo meneando la cabeza:

— ¡Leonor, Leonor, cuán poco trabajo te cuesta seducirme! Como un niño he oído tus palabras y he creído firmemente en la felicidad que ellas nos prometen. Sea como quiera, debemos dar gracias á Dios... pero hablemos de cosas mas formales. El zapatero me ha vuelto á hablar de los alquileres; ¿no le debemos todavía veinte francos?

— Sí, le debemos veinte francos, y doce al tendero de comestibles, pero nada mas; en cuanto estén concluidas estas camisas daremos lo que podamos al zapatero y quedará contento; en la tienda aun nos darán fiado. He recibido dos francos y medio por mi última labor; ya veis, padre mio, que todavía somos ricos, y antes de un mes estaremos sin deudas. Ya estais bueno, en breve

estareis tan fuerte como antes... viene el verano... todo se nos muestra favorable. ¡Ah! ¡volveremos á ser dichosos!

El señor de Vlierbecke parecia estar consolado.

— Yo tambien tengo un poco de trabajo, Leonor, dijo acercándose á la mesa y desatando el rollo de papel; el profesor Delsaux me ha dado á copiar algunas piezas de música para sus discípulos. En un par de dias siempre me ganaré cuatro francos. Ahora silencio, hija mia, estoy tan distraído, que al hablar echaria faltas y quizá estropearia el papel.

— ¡Tampoco puedo cantar, padre mio!

— ¡Oh! sí, lejos de turbarme tu canto me regocija sin desviar mi atencion de lo que estoy haciendo.

El padre se puso á escribir, en tanto que Leonor con una voz suave y alegre repetia todas sus canciones y desahogaba su corazon con preciosas melodías. Al mismo tiempo cosia con mano ligera, y de cuando en cuando echaba una mirada á su padre espionando en sus facciones, para combatirle, todo pensamiento de tristeza.

Entrambos trabajaban así hacia largo rato, cuando Leonor oyó dar la hora en la iglesia parroquial.

Entonces dejó su labor, tomó un cestillo que estaba detrás de la estufa y se preparó á salir del cuarto.

El padre que habia observado estos preparativos preguntó con sorpresa:

— ¿Ya, Leonor?

— Son las once y media, padre mio.

Sin hacer otra observacion el señor de Vlierbecke continuó copiando música.

La jóven bajó la escalera con rapidez, y en breve estuvo de vuelta trayendo su cestillo lleno de patatas y otro objeto envuelto en un papel, pero que á su entrada en el cuarto escondió debajo del delantal.

Leonor limpió las patatas y las puso á la lumbre, arimando tambien un pucherillo con un poco de manteca y mucho vinagre.

Hasta entonces el padre no habia interrumpido su tarea; veia diariamente preparar la comida, y era raro que apareciese jamás un manjar nuevo. Pero esta vez apenas estuvieron cocidas las patatas, se esparció un agradable olorillo por el cuarto.

El señor de Vlierbecke miró á su hija con sorpresa, y dijo con un tono de reconvenccion:

— ¡Carne, un miécoles! Leonor, ya sabes que debemos hacer economías.

— ¡Ah! padre mio, dijo Leonor sonriendo, no os enfadéis, el médico lo ha ordenado.

— Ahora sí queme engañas, ¿no es verdad?

— No; el doctor ha dicho que necesitábais comer carne tres veces por semana cuando menos; así os restablecereis completamente, padre mio.

— ¿Y vuestras deudas atrasadas, Leonor?

— Yo me cuido de todo, padre mio; cada cual quedará satisfecho y contento. No os inquieteis mas, respondiendo de todo. Y ahora, hacedme el favor de quitar vuestros papeles para que pueda yo poner la mesa.

El padre meneando la cabeza hizo lo que Leonor le pedia.

La jóven extendió sobre la mesa un menguado mantel blanco como la nieve, y puso encima dos platos y la fuente de patatas.

Todo allí era humilde y vulgar; pero todo estaba tan limpio y tan bien dispuesto, que el manjar mas modesto habria sido apetitoso hasta para un rico.

El padre y la hija se sentaron y cruzaron las manos é inclinaron la frente para dar gracias á Dios porque no les faltaba el alimento cotidiano.

Su oracion subia aun hacia el cielo como un suave murmullo, cuando de repente se oyó un ruido de voces en la escalera.

Leonor, sobrecogida de un violento temblor, interrumpió subitamente su plegaria. Con los ojos abiertos y adelantando la cabeza hacia la puerta, escuchaba una cosa que le parecia inexplicable é imposible, y que sin embargo la asustaba extremadamente.

El padre alarmado al ver la extraña emocion de su hija, la miraba como si hubiese querido preguntarla la causa de aquella turbacion; pero Leonor le hizo una señal con la mano para imponerle silencio.

Nuevas exclamaciones resonaron mas cerca.

Leonor reconoció el acento de aquella voz, y ligera como una flecha se lanzó de un salto hacia la puerta, la cerró y se quedó empujándola con las manos para impedir que entraran.

— Hija mia, por el amor de Dios ¿qué es lo que temes? exclamó el padre espantado.

— ¡Gustavo! ¡Gustavo! dijo la jóven estremeciéndose; está allí... ¡Oh! quitad esa miserable mesa... él es el único que no debe notar nuestra situacion.

El rostro del señor de Vlierbecke se oscureció; levantó la cabeza con orgullo, y su mirada tomó una expresion severa.

Adelantándose en silencio hacia la puerta separó á su hija que huyó á la extremidad del cuarto con la frente ruborizada de vergüenza.

La puerta se abrió con presteza; un jóven se precipitó en el cuarto radiante de alegría, y corrió con los brazos abiertos hacia la jóven pronunciando el nombre de Leonor junto con palabras ininteligibles.

Sin duda en su ciego transporte habria estrechado en sus brazos á Leonor, pero la austera mirada y el ademán del padre le contuvieron.

Al detenerse echó una mirada de sorpresa por el aposento y observó la triste comida y los miserables vestidos del anciano y de la jóven. Este exámen debió afectarle mucho, pues se llevó convulsivamente las manos á los ojos y exclamó con desesperacion:

— ¡Dios mio! ¡De este modo vive!

Pero no permaneció largo tiempo bajo el peso de esta amarga reflexion; de nuevo se lanzó hacia la jóven, se apoderó de sus dos manos que estrechó fuertemente entre las suyas y la dijo:

— ¡Oh! ¡Leonor, mi amada Leonor, mirame; que sepa yo si tu corazon ha conservado el recuerdo de nuestro cariño!

La jóven respondió con una mirada conmovida, una mirada en que se revelaba toda su alma purísima y tierna.

— ¡Oh! felicidad, exclamó Gustavo con entusiasmo, ¡encuentro á mi amada como la dejé!... Ahora nadie podrá arrebatarme mi bien y mi ventura... ¡Leonor, recibe el beso de nuestros desposorios!

Y extendió los brazos hacia ella; Leonor, trémula de angustia y de felicidad al mismo tiempo, permaneció inmóvil, encarnada como la grana y con la vista baja como si hubiese esperado aquel beso solemne; pero antes de que el jóven hubiese tenido tiempo de ceder á la pasion que le arrastraba, el señor de Vlierbecke se interponia á impedir la realizacion de su propósito.

— M. Denecker, dijo con una voz severa y conmovida el padre de Leonor, moderad vuestra alegría... Sin duda alguna celebramos mucho el volveros á ver... pero ni vos ni nosotros debemos olvidar lo que somos... respetad nuestra indignacion...

— ¿Qué decís? exclamó Gustavo. ¿Lo que sois?... ¡Sois mi amigo, mi padre!... Leonor será mi esposa... ¡Cielos! ¿porqué esa mirada severa?... Mi juicio se extravía...

Y tomando de nuevo la mano de Leonor la llevó hacia su padre y dijo con voz precipitada:

— Escuchadme... Mi tío ha muerto en Italia y me ha dejado por heredero universal, ordenándome en su lecho de muerte que me case con Leonor... he revuelto cielo y tierra para encontrarlos, he padecido y llorado largo tiempo lejos de mi amada, y al fin he tenido la suerte de descubrirlos. Ahora os diré que vengo á pedirlos la recompensa de mis padecimientos, que mi fortuna, mi corazon, mi vida, todo está á vuestros pies, y que lo único que imploro en recompensa es la mano de Leonor... ¡Oh! padre mio, concedédmela... Venid, el Grinsehof os espera, le he comprado para vos y está como en otros tiempos mas felices; los retratos de vuestros antepasados ocupan sus antiguos puestos, todos los objetos que os eran gratos han vuelto á vuestra casa. Venid, quiero rodear vuestra vejez de una respetuosa veneracion, quiero haceros dichoso, muy dichoso... Amo con delirio á vuestra hija...

La expresion del rostro del señor de Vlierbecke no habia cambiado; únicamente sus ojos se iban humedeciendo.

— ¡Ah! exclamó Gustavo mas exaltado á cada instante, nada en el mundo puede ya quitarme mi Leonor... ni el poder de un padre... ¡Dios me la ha dado!

Y cayó de rodillas delante del señor de Vlierbecke y alzó hacia él sus manos suplicantes murmurando:

— ¡Oh! No, no querreis darne un golpe mortal... padre mio, en nombre de Dios, bendecidme... ¡vuestra frialdad me mata!

El señor de Vlierbecke parecia haber olvidado algo, y tenia los ojos clavados en el cielo como si hubiese dirigido á Dios una ardiente plegaria.

Por fin se oyó su voz que decia mientras sus ojos vertian lágrimas abrasadoras:

— ¡Margarita! ¡Margarita! regocíjate en el seno de Dios; ¡mi promesa está cumplida, tu hija será dichosa!

Gustavo y Leonor trémulos de esperanza clayaban su mirada en él, hasta que levantando al jóven y estrechándole en sus brazos con efusion, le dijo:

— ¡Gustavo, hijo, que el cielo bendiga tu amor! Haz á mi hija dichosa, te concedo su mano.

— ¡Gustavo! exclamó la jóven arrojándose al mismo tiempo en los brazos del jóven y de su padre y estrechándolos á la vez.

Y el primer beso de amor, el beso sagrado de los desposorios fué dado y recibido en el seno de aquel feliz padre que derramaba las mas dulces lágrimas sobre la cabeza de sus hijos prosternados...

Y ahora, mis queridos lectores, debo advertiros que por ciertas razones os he ocultado la situacion y el verdadero nombre del palacio de los señores de Vlierbecke. Por consiguiente, ninguno de vosotros sabrá dónde habita Gustavo con su amada Leonor.

Por lo que á mí toca, puedo decir que he visto y conozco á los señores Denecker, y que me he paseado á menudo en derredor del Grinsehof con sus dos lindos niños y con su abuelo el señor de Vlierbecke.

Aun subsiste profundamente grabado en mi memoria el precioso cuadro de felicidad doméstica, de paz y de amor, que me ha sido dado contemplar á veces cuando el anciano noble senado en un banco del jardin, trataba ya de hacer comprender á los dos angelitos cansados de jugar, las grandes fuerzas que obran en la naturaleza, cuando Adelina se subia sobre sus rodillas para hacerle fiestas en el rostro, y el revoltoso Isidoro cabalgaba locamente sobre su pierna, en tanto que Gustavo Denecker y su mujer se estrechaban la mano en silencio y contemplaban con un gozo indecible la felicidad del abuelo y los juegos de los niños...

No os diré tampoco quién me ha contado esta historia; lo único que puedo decir, es que conozco perfectamente á todas las personas que figuran en ella, y que mas de una vez me he sentado á la mesa de Juan el Labrador con la mujer Beth y la criada Catalina, que

saben dónde tienen la lengua, sobre todo para hablar bien de sus bienhechores.

### M. Mariette,

CONSERVADOR ADJUNTO HONORARIO DEL MUSEO EGIPCIO DEL LOUVRE, DIRECTOR DE LOS MONUMENTOS HISTÓRICOS EN EGIPTO.

M. Augusto Mariette era profesor en Boulogne del Mar donde habia nacido, cuando fué llamado á Paris para colaborar á la formacion del catálogo del museo egipcio del Louvre. Cumplida esta primera mision, fué enviado á Egipto por el gobierno francés para que hiciera estudios sobre los papiros.

Durante este primer viaje tuvo la suerte de descubrir el Serapeum en las excavaciones que habia emprendido en Menfis. Tan interesante para la historia del arte como para la cronología egipcia, el descubrimiento del Serapeum llamó la atencion del mundo inteligente hacia el jóven anticuario que habia publicado, en el *Bulletin de l'Athénéeum français*, los pormenores de sus primeros trabajos.

Despues de su regreso á Francia, fué encargado por S. A. I. el príncipe Napoleon de ir á practicar nuevas excavaciones en Egipto. En este nuevo viaje halló el gran templo contiguo á la Esfinje de Giseh, descubrimiento que le suministró mas tarde las indicaciones á cuyo beneficio logró desenterrar y sacar á luz las estatuas de los fundadores de las Pirámides. Pero estas estatuas y todos los monumentos recién descubiertos quedarán en su propio pais, gracias á la generosa é ilustrada proteccion de S. A. el virey de Egipto, que ha encargado á M. Mariette forme para él un verdadero museo en Egipto.

Ya hemos consagrado un artículo á esta preciosa y útil institucion, artículo que fué acompañado de algunas fotografías sacadas en ese museo naciente, bajo la direccion del docto é incansable egipólogo.

Los primeros resultados de sus felices investigaciones en Menfis y en Giseh, sus trabajos actuales en las cercanías de Sackarah, sus descubrimientos en Sane (la antigua Thanis), tan interesantes en resultados históricos, y la exploracion que muy luego comenzará en el alto Egipto, asegurarán al nombre de M. Mariette un puesto entre los de los sabios que siguiendo las huellas de Champollion, hayan contribuido á revelar al mundo nuevo los misterios del antiguo. A. S.

### La caza de un jabalí.

— Tío Perico, dijo un dia Anastasio entrando en casa del viejo cazador, esto no puede continuar así mas tiempo.

El buen hombre que estaba sentado junto á la lumbre, acabó de atascar su pipa, tomó las tenazas, cogió con ellas una brasa bien encendida, y la aplicó con mucha sorna al tabaco.

Unicamente cuando hubo concluido esta grave operacion, y el humo comenzó á subir en copos azulados hacia el techo, volvió la cara á Anastasio.

— ¿Qué es lo que no puede seguir así? preguntó el anciano.

Anastasio vaciló un momento, y luego como un hombre que toma una resolucion repuso con acento firme:

— Lo que hace vuestra hija, tío Perico; hace un año que os la he pedido en matrimonio, y no me habeis dicho que no; ella ha pedido un poco de tiempo para reflexionar, le ha sido concedido, pero todas las cosas tienen fin, y creo que podriais interponer vuestra autoridad para decidirla, pues no lleva traza de querer unirse en matrimonio.

— Contigo no, hijo mio, así es la verdad.

— No se haria tanto de rogar si se tratara del famoso Bernardo.

— Tú tienes la culpa, repuso el anciano; cuando mi sobrino se estableció aqui despues de la muerte de sus padres, al punto eché de ver que los dos jóvenes se convenian. He hecho en tu favor cuanto he podido; he dicho á la muchacha que no tomara por yerno sino á un hombre que pudiera sucederme, y esto lo decia por tí, pues el pobre Bernardo no sabia distinguir una liebre de un conejo; él comprendió la cosa y se marchó, y tú en lugar de aprovecharte de su ausencia, te has gobernado de manera que la muchacha te aborrece. El otro ha sido mas astuto; ha hecho su aprendizaje y parece ser que en el dia entiene el negocio, puesto que el primer ojeador del rey le ha ofrecido agregarle á su persona; pero el mozuelo ha preferido volver aqui.

— ¡Cómo! ¿Va á volver? exclamó Anastasio.

— Hoy mismo le espero.

— Lo habria debido sospechar, la Luisa está muy contenta. ¿De modo que me decís que no definitivamente, tío Perico?

El viejo cazador meneó la cabeza, sacudió la ceniza de su pipa, la metió con cuidado en su estuche y se levantó. En seguida se puso á pasear silbando una cancion de caza, lo que significaba que estaba incomodado.

El pobre Taburó que llegó dando saltos á enredarse en las piernas de su amo, hubo de sufrir el peso de su mal humor.

— A la paja, holgazan, exclamó el tío Perico dándole un puntapié.

El animal echó á correr ladrando, y el anciano avergonzado de su arrebató se acercó á Anastasio y le dijo:

— No, hijo mio, no te digo que no. Siempre habia tenido la idea de hacerte mi yerno y mi sucesor, porque

eres un hombre inteligente, sin igual para perseguir al ciervo ó al jabalí. Bien has visto que á Luisa no le faltan pretendientes, porque es una buena muchacha y tiene que comer, y sin embargo á todos los he despachado por tí. Pero ¿qué quieres? yo no puedo forzar su voluntad y hacer que tú la gustes; seamos justos, amigo mío: tú no eres hermoso con tu pelo rojo y tu cara como un tomate.

— Entonces debíais buscar un Adónis y no un cazador para marido de Luisa. No se puede ser uno y otro.

— También en eso te engañas, y si en lugar de hacer tantas visitas á la taberna hubieses cultivado un poco la ciencia y los fines modales, que siempre producen buen efecto en las mujeres, sabrías que el llamado Adónis era un célebre cazador en los tiempos antiguos, y la prueba es que le mató un cazador cuando se hallaba al servicio de Vénus, una señorona de la misma época. Pero no le hace: no quiero que tengas por qué quejarte de mí, y voy á indicarte lo que debes hacer para que el otro no ocupe tu puesto.

El tío Perico hizo una pausa y prosiguió:

— Luisa ha contado sus penas á la condesa que la quiere mucho; por su mediación ha entrado Bernardo en la montería real para hacer su aprendizaje, y ella es quien le ha mandado que venga á la caza de mañana para presentarle al conde. Trata de distinguírte y de dejar mal á tu adversario, que nada perderás si sales con lucimiento.

Estas palabras infundieron un poco de confianza al joven Anastasio, pues se prometía gobernarse de modo que su rival cometiese alguna torpeza para que quedase perdido en las buenas gracias del conde. Veinte años hacía que cazaba en aquel país, y conocía tan bien todo el terreno, todos los montes contiguos, que según su expresión, podía tutear á todos los árboles en veinte leguas á la redonda, y bajo este concepto con muy poco trabajo lograría desbancar á un joven que cazaba por la primera vez en la comarca.

Por esta razón no se mostró incomodado con Bernardo cuando este llegó; hasta aceptó el quedarse á comer con él en casa del tío Perico, é hizo la vista gorda á las atenciones y los obsequios que le prodigaba Luisa. Anastasio buscó la lengua á su rival para ver si le arrancaba alguna heregía en materia de caza, pero se llevó chasco. Bernardo habló de caza, de caballos y de perros como un hombre que está bien al corriente del asunto que trata.

Aun se puede decir que la ventaja de esta primera escaramuza fué para el recién llegado.

— Ten cuidado, dijo el tío Perico al oído de Anastasio; paréceme que el mozo ha tomado buenas y sólidas lecciones.

— Al freir será el reir, respondió bruscamente Anastasio; obras son amores.

Y luego en alta voz añadió:

— ¿Con que está decidido que mañana atacamos al tío Antonio?

— Sí por cierto, respondió Perico. Yo le he dicho al señor conde que lo menos nos costaría la broma veinte perros; pero se ha empeñado. Parece ser que ha habido nuevas quejas contra el tío Antonio. Por lo demás, esos señores traerán también sus perros, y tendremos en campaña mas de ciento veinte perros.

— Trabajo no faltará, dijo Anastasio; pero tanto mejor, continuó mirando á Bernardo; quizá recibirán una lección los arrogantes.

— Veremos, repuso con voz serena Bernardo.

Al otro día muy temprano cada cual se hallaba en su puesto. El tiempo estaba claro, pero un poco frío; el rocío había sido abundante en la noche anterior, y en suma, el día no podía presentarse mejor para los cazadores.

Anastasio, prescindiendo de su dignidad de ojeador, había querido recorrer el bosque como un simple perero. El tío Antonio había pasado la noche en su gua-



M. A. MARIETTE, director de los monumentos históricos en Egipto.

rida ordinaria, un matorral de acebo muy enzarzado. El joven pudo notar que el animal no había salido todavía. Todo marchaba perfectamente; Anastasio se gozaba ya con el triunfo, y pensaba en la cara que pondría Bernardo.

Soltaron veinte perros y atacaron; pero el animal, re-

tirado en su fuerte y protegido por las zarzas de acebo que impedían que los perros se acercasen, no se movió; ni los gritos de los ojeadores, ni el sonido de las trompas lograron nada.

Sin embargo, los cazadores se habían aproximado, y al cabo de media hora de esfuerzos infructuosos comenzaron á perder la paciencia.

— Soltadlos á todos, gritó el conde; eso quizá le decidirá.

En efecto, cinco minutos mas tarde el tío Antonio, comprendiendo que el ataque era formal, tomó valerosamente su partido. Las ramas de acebo se desviaron de repente, y una masa negruzca se abrió paso por entre los hombres, los perros y los caballos, y echó á correr con la rapidez de una flecha seguido de toda la jauría y de los ojeadores.

Los ladridos de los perros, el sonido de las trompas y los gritos que lanzaban los cazadores se confundieron durante largo rato; luego se alejaron, y por fin se perdieron poco á poco.

Únicamente Anastasio había resistido al impulso general, y se había quedado cerca de las zarzas adonde el animal no podía menos de volver.

— Corred, corred, amigos míos, murmuraba; reventaos con vuestros caballos, que al cabo de dos horas estareis todos con la lengua fuera, y Anastasio que no ha tenido prisa llegará el primero.

Sin embargo, al cabo de una hora como no oyerá ni trompas ni perros, se decidió á ir á ver un poco lo que pasaba.

No fué mala idea, pues el tío Antonio en lugar de dar su vuelta de costumbre, había tomado todo derecho, y dejando el bosque de Champagne, había cruzado valerosamente la llanura y atravesando el Sena un poco mas abajo del puente de Valvin, se había metido en el bosque de Fontainebleau, perseguido siempre por la jauría que se había arrojado al agua detrás de él y apenas le perdía de vista.

Los hombres y los caballos habían pasado el puente, y la caza después de haber atravesado la aldea de Samois, parecía dirigirse hacia Bois-le-Roi, siguiendo la orilla izquierda del Sena.

El puente que atraviesa el río por este sitio no existía, y Anastasio, detenido en la orilla derecha, se desesperaba porque no podía reunirse con los cazadores, pues era imposible subir hasta Valvin que distaba una legua, y lo era también atravesar el Sena en aquella parte.

En esto creyó oír un ruido de trompas y de perros enfrente de él en la otra orilla del río; muy luego este ruido se hizo mas distinto, y finalmente no tardó en ver al jabalí que desembocaba por una espesura, y se dirigía hacia el Sena. Un perro asomó, luego dos, luego tres, y el animal no se hallaba aun á la mitad del río cuando ya toda la jauría le seguía, y solo quedaban en la margen opuesta los cazadores con un rostro de á palmo cada uno.

Tres de ellos sin embargo lanzaron al agua sus caballos; pero solo dos consiguieron atravesar el río: eran el conde y Bernardo.

Una vez en tierra, volvieron á galopar y se encaminaron á un bosquecillo donde ya les había precedido Anastasio. Por fin el tío Antonio hacia frente á los perros; resguardado contra una roca en el fondo de una encrucijada, el animal acurrucado sobre sus patas traseras, con los ojos como dos ascuas y las cerdas erizadas al rededor de la cabeza y sobre el espinazo, parecía hallarse dispuesto á vender su vida muy cara. Cada vez que se movía era para embestir á un perro que iba rodando á veinte pasos aullando y dejando escapar sus entrañas por una ancha herida.

Mas de veinte estaban ya tendidos sobre la yerba cuando llegaron los tres cazadores. Los demás perros, un tanto acobardados, se contentaban con formar un



S. E. M. FOULD, ministro de Hacienda.



LA CAZA DE UN JABALI.

ALFONSO GONZALEZ

círculo en torno del jabalí, ladrando con furor y enviándole sin duda todas las inyecciones que puede suministrar la lengua canina. El viejo solitario, insensible á estas injurias, parecía estar esperando á un enemigo mas digno de él.

— Acabemos, exclamó el conde; si aguardamos á que lleguen los demás con sus carabinas no nos quedará un perro vivo.

Y sacando su cuchillo de monte, lanzó á su caballo hácia el jabalí.

El conde era un excelente jinete. Veinte veces en una ocasión igual habia acabado con la fiera hundiéndola el cuchillo á la carrera. Pero sea que aquí hubiese tomado mal sus medidas, ó que su caballo fuese mas medroso, lo cierto es que el animal se encabritó al llegar cerca del jabalí, y dió un salto que vino á impedir el golpe. Entonces montura y jinete acometidos por el jabalí, fueron rodando á diez pasos sobre la yerba. Gracias al salto del caballo los colmillos no hicieron presa, y el conde se pudo levantar del suelo sin mas avería que una torcedura de muñeca.

— Vamós, ahora te toca á tí, gritó á Bernardo que habia corrido á levantarle.

— ¡Oh! no, señor conde, exclamó Anastasio; despues de vos me toca á mí esa honra y no á un recién llegado.

— Justo, repuso el conde.

Y Anastasio, plantándose como un torero y ardiendo en deseos de distinguirse con un golpe magistral, se adelantó en derecha hácia el jabalí excitando á los perros para que le saltaran encima de la cabeza en vez de sorprenderle llegando sin ruido por detrás.

Mala ocurrencia, pues apenas habia dado algunos pasos cuando ya el animal estaba sobre él, y el pobre Anastasio tendido en el suelo sentia los colmillos del jabalí que le destrozaban el pecho y las costillas. Dios sabe lo que habria sucedido si Bernardo, precipitándose sobre el animal, no le hubiera hundido toda la hoja de su cuchillo en el pescuezo.

El jabalí furioso se volvió y cayó sobre su nuevo agresor; pero Bernardo desviándose un poco dejó pasar al *tío Antonio*, que fué á refugiarse en un barranco á la distancia de unos cien metros.

— ¡Cómo! ¿Le dejaremos marchar así? exclamó el conde; toma tu cuchillo y vamos á él nosotros dos; hay menos peligro.

— Mi cuchillo le tiene dentro del cuerpo, respondió Bernardo; será preciso que Anastasio me dé el suyo.

— Le necesito yo, respondió este que no podia perdonar á Bernardo que casi le hubiese salvado la vida.

Y trató de levantarse, pero inútilmente.

— Toma, toma, le dijo al fin tendiéndole su arma; la suerte te favorece.

El conde, cojeando un poco aun, y Bernardo se dirigieron hácia el barranco donde se habia refugiado el animal, y muy luego le descubrieron acurrucado como antes y con el ojo fijo en los perros que continuaban aullando en su derredor.

Los dos hombres se deslizaron en silencio por detrás del animal andando poco á poco para no despertar su atención absorbida por los perros; y despues, cuando á fuerza de precauciones y de prudencia llegaron cada uno por su parte, le hundieron al mismo tiempo sus cuchillos en el corazon.

Pero el *tío Antonio* no se menéó, ya estaba muerto. La cuchillada de Bernardo habia bastado, y el animal habia ido á espirar en el barranco.

Sin embargo, los demás cazadores habian logrado pasar el Sena en una barca, y llegaron al campo de batalla algunos instantes despues de finalizado el combate.

Entonces se ocuparon de los heridos.

El pobre Anastasio tenia hundidas dos costillas, una ancha herida en el muslo y tres dedos de la mano izquierda cortados como con un hachazo. Hubo que hacer unas angarillas con ramas de árboles para llevarle á su casa, donde pasó en cama mes y medio. Se levantó para asistir al casamiento de Bernardo con Luisa, pues como decia con un tono agridulce, se habia visto en la precision de sacrificarse por su rival, que habia llevado su falta de delicadeza hasta el punto de salvarle la vida.

Anastasio se consuela bebiendo, y cuando llega á la cuarta ó la quinta botella, rara vez deja de contar la muerte del *tío Antonio*.

— Aquel dia, dice enseñando su mano mutilada, perdí yo al mismo tiempo tres dedos y mi futura; pero no lo siento en verdad, pues la cacería fué soberbia.

P. D.

## Vida y muerte del príncipe Don Carlos

POR W. H. PRESCOTT.

(Conclusion.)

Pero despues de la muerte de Carlos se retiró Felipe al monasterio de San Gerónimo, cuyas celdas le ocultaron por algun tiempo á los ojos de sus súbditos. « Siente su desgracia con el corazon de padre, escribe el nuncio del papa, pero la soporta con la resignación de un cristiano. » Envió despachos á las cortes extranjeras para informarlas de la pérdida que acababa de sufrir. En su carta al duque de Alba da una expansion mas completa á sus sentimientos íntimos. « Podeis concebir, dice, cuáles serán mi dolor y mi tristeza habiéndose Dios servido llamar á sí á mi querido hijo el príncipe. Ha muerto cristianamente, despues de recibir el Viático tres dias antes de su última hora y de mostrar arrepentimiento y con-

trición, todo lo cual me sirve de consuelo en mi aflicción. Espero que Dios le ha llamado á sí para conservar le eternamente á su lado, y que me concederá la gracia de poder soportar esta calamidad con el valor y la paciencia de un cristiano. »

Así pereció en la primavera de la vida, cuando apenas contaba 23 años, Don Carlos, príncipe de Asturias. Ningun príncipe vino por aquella época al mundo bajo auspicios mas brillantes: era heredero del imperio mas magnífico que habia en la cristiandad, y los españoles, al adivinar en los actos de su infancia los gérmenes de una futura grandeza de genio, veian con seguridad el dia en que habia de rivalizar en gloria con su abuelo Carlos V. Pero Carlos habia nacido bajo una mala estrella, cuya maligna influencia contrarió todos los dones de la naturaleza, haciéndolos infructíferos. La enfermedad agrió su carácter, naturalmente agreste y violento: mas adelante, cuando el príncipe se vió objeto de la desconfianza y de la aversión del hombre que era dueño de sus destinos, pasó á un estado de frenesí que fué la mejor disculpa para sus extravagancias, y justificó la necesidad que tuvo el rey de apelar á ciertas medidas para reprimirlas. Pero los que consideran á ese padre inocente de la muerte de su hijo, ¿podrán legitimar el increíble rigor que desplegó con aquel desgraciado, ó absolverle de la espantosa responsabilidad de las consecuencias que tuvo esa severidad?

### CAPITULO III.

#### Muerte de Isabel.

(1568.)

La reina Isabel. — Sus relaciones con Don Carlos. — Su enfermedad y su muerte. — Su carácter.

No habian trascurrido tres meses desde que la jóven y bella esposa de Felipe II habia llorado la muerte de su desgraciado hijastro, cuando fué llamada á seguirle ella misma á la tumba. La coincidencia de estos tristes sucesos y las relaciones establecidas entre Isabel y Carlos, destinados en otro tiempo el uno para el otro, han hecho suponer que los unió una pasión criminal, y que la reina, despues de la ejecución de su amante, fué sacrificada á los celos de un esposo vengativo.

En vano se buscaria una huella de esa horrible historia en las narraciones de los escritores españoles: ninguno de los historiadores de aquella época, españoles ó extranjeros, que hemos consultado, manifiesta siquiera con la mas leve sospecha, al reproducir los rumores contemporáneos, la pura reputación de Isabel. Hay que reconocer, sin embargo, que mas de uno parece aludir al amor del príncipe hácia su madrastra. Brantome dice que la primera vez que Carlos vió á la reina « fué cautivado por sus gracias, hasta el punto de concebir desde aquel momento un despecho mortal contra su padre, á quien echó muchas veces en cara el gran daño que le habia causado arrebatándole aquella hermosa conquista. Y esto, añade, fué, segun dicen, en parte causa de su muerte, porque no podia menos de amar á la princesa en lo íntimo de su corazon, y de honrar y reverenciar á una persona que era tan amable y tan digna de ser amada. » El escritor da á entender mas adelante que habian circulado multitud de rumores con motivo de la muerte de Isabel, y refiere la historia poco verosímil de un jesuita, que fué deportado á Indias por haber denunciado, desde lo alto del púlpito, á los malvados que habian podido hacer perecer á una criatura tan inocente.

El príncipe de Orange, cuyo testimonio tiene mas valor, acusa abiertamente á Felipe en su *Justificación* de haber asesinado á su hijo y á su mujer; debe advertirse, no obstante, que en ninguna parte habla de que uno de esos desventurados tuviera pasión por el otro, y atribuye la muerte de Isabel al deseo del rey de allanar el camino para su matrimonio con Ana de Austria. Estas dos autoridades son, sin embargo, las únicas que sepamos de aquel tiempo que hayan dado crédito á esos horribles rumores. Brantome y el Taciturno eran ambos extranjeros y ambos vivian lejos del teatro de los sucesos: el uno era un francés, ligero y charlatan, cuya entretenida narración, sembrada de frivolas habladurías de corte, suele á veces remontarse algo mas del nivel de una crónica escandalosa: el otro era el enemigo mortal de Felipe, á quien atacaba, para defenderse él mismo, con las mas negras imputaciones.

Sin embargo, bastó la sola autoridad de los rumores populares á escritores posteriores, poco escrupulosos, que comprendieron el partido que podian sacar de una historia como la de Carlos é Isabel, para presentar á los ojos de sus lectores situaciones llenas de interés dramático. Trabajando sobre aquel boceto, acabaron el cuadro cargándolo de colores tomados de su imaginación, hasta que, despertado el interés por la pintura de esos amores y de esos infortunios, se hiciese esta novela tan universalmente popular, como ninguna de las fábulas clásicas de la historia antigua de Grecia.

Afortunadamente, podemos en el presente caso establecer la verdad por medio de testimonios que no son sospechosos, suministrados por compatriotas mismos de la reina, que residiendo en la corte de Madrid, tenían gran facilidad de observar, por sus propios ojos. La madre de Isabel, la célebre Catalina de Médicis, cuyo nombre evoca en nuestra imaginación tantos recuerdos horribles, tenia al menos el mérito de velar por su hija con la mas tierna solicitud: ese cariño no habia disminuido cuando Isabel de Francia, á la edad de 13 años, dejó la Francia para subir al trono de España. Catalina mantenía una correspondencia activa con la princesa, enviando

á esta unas veces instrucciones para el modo de conducirse, y otras recetas para su salud. Hacíase informar tambien cuidadosamente de la vida de Isabel, por medio de los embajadores franceses en la corte de Madrid, y puede tenerse por cierto que estos fieles súbditos se habrían apresurado á poner en su conocimiento la menor ofensa que el rey hubiera cometido hácia su mujer.

Una lectura de sus despachos, hecha de buena fe, aparta el misterio, ó mas bien prueba que nunca ha habido motivo para sospechar ninguno. El descolorido y enfermizo jóven de 14 años, edad del príncipe en la época del casamiento de Isabel, poseia muy escasos atractivos para interesar verosíblemente el corazon de su madrastra, aun cuando esta le hubiese tenido alguna inclinación. Pero sus relaciones con Don Carlos parecen haber sido desde el principio las que debian resultar naturalmente de su parentesco y de su bondad de carácter, que la hizo interesarse en las dolencias y desgracias del príncipe. Lejos de querer ocultar sus sentimientos en este punto los manifestaba francamente en sus cartas á su madre, delante de su esposo y delante de todos.

Poco despues de llegar la princesa á Madrid, escribia el obispo de Limoges al hermano de Isabel, á Carlos IX, informándole de que « su hermana, al entrar en el palacio real, habia hecho al príncipe un recibimiento tan afable y afectuoso, que habia causado la mayor satisfacción al rey y mas aun á Carlos, como lo probaban sus frecuentes visitas á su madrastra, tan frecuentes, por lo menos, como lo permitia la etiqueta de una corte mucho mas severa que la de Paris. » En otra carta, fechada el mes siguiente, dice el obispo que la reina, cuando el príncipe iba á visitarla por las noches, procuraba divertirle con juegos y entretenimientos inocentes, propios para distraer al enfermo que parecia extenuado por sus padecimientos.

En el año siguiente, una de las personas de la servidumbre de Isabel que la habia acompañado fuera de Francia, escribió á Catalina de Médicis, y despues de decirle que su señora y la princesa Juana comian algunas veces en el jardín, añade que frecuentemente se les reunia Carlos, « que ama en extremo á la reina, de manera que no se cansa de hablar bien de ella, y con la que creó que querria estar unido por vínculos mas estrechos. » Nada tiene de improbable la suposición de que el hijo de Felipe, agradecido á una ternura á que no estaba acostumbrado, hubiese, en edad mas adelantada, sufrido la influencia de una princesa, cuya dulzura de carácter y amable trato parecen haber ganado los corazones de todos los que se la acercaban: tambien puede suponerse que al pesar del príncipe se mezclara algun resentimiento al pensar en el cruel destino que habia levantado una barrera entre su madrastra y él. Posible es igualmente, si se tiene en cuenta el carácter impetuoso de Carlos, que el historiador De Thore se funde en buenas autoridades cuando asegura « que se oia muchas veces al príncipe, al salir, despues de conversar largo rato, del cuarto de la reina, lamentarse en voz alta de que su padre se la hubiese arrebatado. » Pero no podia ser una pasión vulgar la que ella le inspiró, y seguramente no le dió alas, si, como dice Brantome, « á pesar de lo insolente y osado que era el príncipe con las demás mujeres, nunca se presentaba delante de ella sino con muestras de respeto que hubieran podido hacer creer que habia cambiado de carácter. »

Nada hay absolutamente que pruebe que la admiración de que era objeto Isabel por parte de Carlos ó de los cortesanos causara el menor recelo al rey, que parecia tener una absoluta confianza en la virtud de su mujer. Vemos á esta que habla de Felipe á su madre como « de un marido tan bueno, que la hace tan dichosa con sus atenciones, que ha convertido la triste morada que habita en el sitio mas agradable para ella sobre la tierra. » Por otra parte, el embajador de Francia, Guibert, escribe que « el monarca ama cada dia mas á la reina, y que en los últimos meses la influencia de esta habia aumentado mas que el doble. » Algunos años despues, en 1565, Saint-Sulpice, embajador entonces en Madrid, describe en términos enfáticos el cariño que une á los dos esposos. « Puedo aseguráros, señora, dice, que vuestra hija vive en extremo contenta, á causa de la perfecta amistad que la une cada vez mas estrechamente á su marido. Este le muestra la confianza mas ilimitada, y está con ella tan afectuoso, que no le deja nada que desear. » Saint-Sulpice repite unas palabras que le dijo Felipe, en que le manifestaba « que la pérdida de su esposa seria para él la mayor desgracia que le hubiera nunca sucedido. »

Y el monarca, al expresarse así, era sincero: no se necesita otra prueba de ello que su indulgencia con los gustos de Isabel, hasta con esos gustos nacionales que no siempre están en consonancia con las leyes mas rígidas de la etiqueta española. Quizá se nos perdonará, para demostrar la libertad de que la reina gozaba, entrar en algunos pormenores ya presentados en un capítulo precedente de esta historia.

La llegada de la reina á España fué festejada con bailes y otras diversiones á que habia sido ella acostumbrada en la risueña capital de Francia. Su casa estaba puesta con una magnificencia digna de su categoría, y el cortesano Brantome se complace en recordar la espléndida riqueza de su guardarropa y las preciosas alhajas de su joyero. Isabel se presentaba en público sin velo, segun la moda francesa, tan contraria á los usos de las damas españolas, y eso no hacia sino que la adorase mas el pueblo, que acudia en tropel á su paso, con el ansia de contemplar á su hermosa soberana. Habia traído consigo una porción de damas y acompañantas: algunas de ellas se establecieron en España y se casaron; las que

volvieron á Francia recibieron ricos presentes. La hija de Catalina de Médicis fué siempre accesible á sus compatriotas, recibiendo, dice su biógrafo, así á los pequeños como á los grandes, con su bondad acostumbrada. En aquellas ocasiones empleaba su lengua natal; pero á los tres meses, gracias á su viva inteligencia, habia vencido las dificultades del español, hasta el punto de hacerse comprender en e te idioma y de hablarlo en poco tiempo con elegancia, si bien con un ligero acento extranjero que no desagradaba. Nacida y educada en medio de un pueblo tan diferente de aquel en que su destino la llamaba á reinar, parecia reunir en su persona las buenas cualidades que distinguan al uno y al otro: sus maneras, que mostraban la libre vivacidad del carácter francés, felizmente moderada por la gravedad española, tenían un encanto indecible. Isabel de Francia, tan ricamente dotada de los dones mas preciosos de la naturaleza y de la fortuna, debia formar las delicias de la corte que presidia y de la que era el mas bello ornamento.

Indudablemente la ternura de su corazón hizo á la reina concebir vivos temores, al observar el carácter arisco y caprichoso de Carlos y el alejamiento cada día mas patente del padre hácia su desgraciado hijo. No desesperó, sin embargo, de corregir al príncipe: así puede suponerse al menos de la solicitud con que secundó á su madre para decidir el matrimonio de su hermana, la hija segunda de Catalina de Médicis, con el hijo de Felipe. «Mi hermana, decía á Ruy Gomez, es tan buena, que seria imposible hallar en el mundo una princesa mas á propósito para calmar á mi hijastro y acomodarse á su genio, ó para agradar al rey al mismo tiempo que á su hijo y acercarlos mutuamente.» Pero si el ministro se acomodó fácilmente á las miras de la reina, encontraron estas poca predisposición en Felipe, que parecia por aquella época mas inclinado á una alianza con la casa de Austria.

Hemos hablado en el capítulo anterior del sentimiento de Isabel cuando fué arrestado Carlos. Aun cuando le era provechosa una medida que abría á sus propios hijos el camino del trono, lloró, dice el embajador Fourquevaux, dos días la desgracia de su hijastro, hasta el momento en que el rey le ordenó que enjugase sus lágrimas. Hemos visto que no fué admitida á visitar al cautivo en su prision, ni aun para mitigar la amargura de sus últimos momentos. ¿Qué de consuelos habria llevado su presencia al moribundo! Júzguese por la simple Memoria hallada entre sus papeles, en la que coloca á la reina en la primera línea de sus amigos, en razon á haberle mostrado siempre la mayor bondad. Los sentimientos, cualesquiera que fuesen, que su malrastra le habia inspirado, le animaron hasta el momento fatal. No se negó al menos á Isabel el permiso de consolar tristemente su dolor, asistiendo á las exequias de Carlos con la princesa Juana y el corto número de amigos que conservaban un tierno recuerdo del desgraciado hijo de Felipe.

Poco tiempo despues de este suceso se anunció el embarazo de la reina: la nación acogió con trasportes de júbilo esta noticia que le hacia esperar el nacimiento de un nuevo heredero de trono para compensar la pérdida que habia sufrido de su príncipe legítimo. Por efecto de un error de los médicos que se equivocaron desde el principio sobre la situación de Isabel, el tratamiento á que la sometieron tuvo funesto resultado en su salud. Verdad es que la hija de Catalina de Médicis tenia poca confianza en los médicos españoles y en sus prescripciones, desconfianza quizá bastante bien fundada, porque la enérgica medicamentación que empleaban recuerda con mucha fidelidad la práctica de Sangrada, dirigida tanto contra la constitución del paciente como contra su enfermedad. A mediados de setiembre le acometió á la enferma una calentura poco violenta, pero bastante obstinada para resistir á todos los calmantes. Pronto se manifestaron síntomas mas alarmantes: la reina tenia frecuentes vahidos; hinchábansele las extremidades del cuerpo y los remedios no podían obrar porque no los soportaba ya su estómago. Hicieronse procesiones en todas las iglesias del reino, y jóvenes y viejos todos se unieron á las oraciones para implorar del cielo la salud de su soberana; pero sus votos no fueron escuchados. Las fuerzas de Isabel continuaron declinando rápidamente, y á fines de setiembre se desesperó ya de su curación. Los médicos declararon que la ciencia nada mas podia hacer, y que no habia para la enferma otra esperanza que en Dios. En Dios habia ella puesto siempre su esperanza, y no estaba tan apegada á las pompas y vanidades de este mundo que le costara gran trabajo renunciar á ellas.

Sus damas de honor, algunas de las cuales eran compatriotas suyas, lloraban alrededor de su lecho: ella trató de consolarlas expresándolas tiernamente el interés que tomaba en su bienestar futuro y su pesar de no haberlas tratado con mayor bondad. «Como si no hubiese siempre tratado para ellas (dice el contemporáneo Juan Lopez, que ha dejado una circunstanciada relacion de sus últimos momentos), mas bien una madre y compañera que una señora á quien parecían servir.»

Al anochecer, del 2 de octubre, sintiendo Isabel cercano su fin, hizo testamento, se confesó despues, comulgó y deseó recibir la extrema unción. El cardenal Espinosa y el confesor del rey, el obispo de Cuenca, que la auxiliaban con los consuelos espirituales, quedaron singularmente edificadas de su actitud, y dándole su bendición, se retiraron profundamente conmovidos del espíritu de resignación cristiana que mostraba.

A las altas horas de la noche tuvo la moribunda su última entrevista con Felipe. «La reina, dice el embajador

Fourquevaux, conversó con su esposo con la mayor naturalidad y como cristiana; despidióse de él y jamás princesa alguna mostró una bondad y una piedad mayores. Le recomendó á sus dos hijas y sus principales servidoras, suplicándole que viviese en buena amistad con el rey de Francia su hermano, y conservase la paz, y añadió otras palabras que no pudieron menos de enternecer el corazón de un esposo tan bueno como el rey. Este se mostró, al responderle, tan sereno como estaba ella misma, y prometió cumplir todos sus encargos; pero no creia, dijo, que su fin estuviese tan cercano. En seguida se retiró á sus habitaciones con el corazón lleno de angustia, segun me refirieron.»

El monarca envió á su mujer, para fortalecerla en su último trance, la reliquia mas preciosa que poseía, que era un fragmento de la verdadera cruz, ricamente incrustado en perlas y diamantes. Isabel besó con fervor aquel sagrado objeto, y lo tuvo juntamente con el Crucifijo en sus manos en tanto que le quedó vida.

La reina, poco despues de esta entrevista con su esposo, hizo llamar al embajador que representaba su país natal y seres queridos que no debia volver á ver. «Ella me conoció, escribe Fourquevaux, y me dijo: Vedme aquí á punto de dejar este vano mundo para entrar en un mejor reino donde espero que estaré siempre con Dios. Decid á la reina mi madre y al rey mi hermano, que soporten mi muerte con resignación y que se consuelen con la reflexión de que jamás felicidad alguna sobre la tierra me ha causado la satisfacción que siento á la esperanza de unirme á mi Criador.»

«Pronto estaré mejor colocada para servirles y para rogar á Dios que los tome á ellos y á mis hermanos bajo su santa protección. Conjuradles, en mi nombre, que velen por su reino, á fin de que desaparezcan las heregias que en él se han difundido: pediré al cielo que en su piedad les conceda la gracia de aceptar mi muerte con paciencia y de creermé feliz.»

El embajador pronunció algunas palabras de consuelo, tratando de inspirarle, si era posible, la esperanza de sobrevivir; pero la reina le respondió: «Pronto sabreis que mi fin está cercano. Dios me ha dado fuerzas para despreciar el mundo y sus grandezas y fijar todas mis esperanzas en él y en Jesucristo. No hay pensamiento que me haya atormentado menos que el de la muerte.»

«Púsose en seguida á escuchar las exhortaciones de su confesor y conservó toda su presencia de ánimo, sin perder el conocimiento hasta momentos antes de morir.»

«Pareció sentir entonces una ligera agitación que se calmó muy pronto, y espiró con tanta tranquilidad que no fué posible fijar el momento en que exhaló su último suspiro. Sin embargo, volvió á abrir sus grandes y hermosos ojos, como si quisiera hacerme todavía algun encargo: al menos su mirada se dirigia hácia mí.»

Casi á la hora de la muerte dió á luz Isabel una niña, que no siendo de término, solo vivió lo preciso para recibir el agua del bautismo. La madre y la niña fueron depositadas, una al lado de otra, en un ataúd, y en aquella misma noche fueron conducidos solemnemente sus restos á la capilla real. Las campanas de las iglesias y de los monasterios anunciaron con sus clamores la triste nueva al pueblo, que prorumpió en grandes lamentos y se abandonó por todas partes á las mas ruidosas demostraciones de dolor, porque, como dice Brantome, «no solo reverenciaba á la reina, sino que la idolatraba.»

Todas las personas de distinción que habia en la capital acudían presurosas á la capilla, dignatarios de la Iglesia, miembros de las diferentes comunidades religiosas, grandes y nobles de la corte, damas de honor de la reina. Notábase entre estas últimas á la duquesa de Alba, camarera mayor: la duquesa de Feria, inglesa que se habia casado con el embajador de España en la corte de Maria Tudor, y la princesa de Eboli, nombre célebre en la historia. El ataúd, cubierto con un paño de rico brocado, fué colocado sobre un túmulo negro: alrededor mil luces en candeleros de plata, esparcían sobre aquella escena lúgubres resplandores. Celebráronse los oficios en medio de un profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por los gemidos de las mujeres que se mezclaban tristemente á los cantos de los sacerdotes y á los graves sonidos del órgano que los acompañaba.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué abierto el ataúd en presencia de la duquesa de Alba y de las damas de honor de Isabel, que con los ojos arrasados en lágrimas, contemplaron por última vez aquellas facciones cuya belleza no habia alterado la muerte. La duquesa echó en el ataúd flores y verbas aromáticas, y en seguida aquel cortejo de mujeres desconsoladas condujo los restos helados de la madre y de la hija al convento de Carmelitas descalzas, donde reposaron hasta 1573, en cuyo año fueron trasladados con los despojos mortales de Carlos al suntuoso mausoleo del Escorial. El día en que el pueblo vió pasar la fúnebre procesión que conducía á su soberana, se le oyó invocar á Isabel como á una santa.

En el invierno de aquel año llegó de Francia el cardenal de Lorena, de la casa de Guisa, con cartas de pésame, dirigidas por Carlos IX á su real cuñado: las instrucciones dadas al enviado no revelaban en el monarca francés desconfianza alguna respecto de la muerte de su hermana. Nótese, por el contrario, el carácter mas suspicaz de la reina madre, Catalina de Médicis, en la orden que dió á Fourquevaux, de recoger y transmitirle los rumores que corriesen sobre el particular. No parece que el embajador adquiriese informes de alguna importancia que anadir á los pormenores que habia ya comunicado.

Quizá el mismo Felipe no era ajeno á la idea de que

podieran existir sospechas, cuando decia al cardenal que su mayor consuelo era el recuerdo de la vida pura y virtuosa de la mujer que habia perdido. Todas las personas de la servidumbre de la reina, sus camaristas, sus damas, sabian cuánto la habia amado, cosa que probaba por lo demás suficientemente el dolor excesivo que habia sentido á su muerte. «En seguida, añade el cardenal, hizo un panegirico de las virtudes de la difunta, y me dijo que si tuviera que hacer nueva elección, no podria apetecer otra cosa que encontrar una mujer que se le pareciese en todo.» Felipe no esperó mucho tiempo para hacer esa elección: á los diez y ocho meses de la conversacion citada, el monarca, viudo ya por tercera vez, conducía al pie de los altares á su cuarta y última mujer, prometida en otro tiempo como Isabel á su hijo. Puede considerarse la facilidad con que el emperador y la emperatriz de Alemania le confiaron la joven princesa como una prueba bastante clara de que no abrigaban el menor recelo en cuanto al modo en que Felipe se habia conducido con la anterior.

Isabel, al morir, contaba solo 23 años, de los cuales habia pasado ocho en el trono de España. Dejó dos hijas, Catalina, que mas adelante se casó con el duque de Saboya, y Clara Eugenia, que compartió despues con el archiduque Alberto, su esposo, el gobierno de los Países-Bajos, y parece haber poseído el amor y la confianza de su padre mas completamente que ninguna otra persona.

Tal es, despojada del colorido novelesco, debido en realidad tanto á la imaginación de los historiadores como á la de los poetas, la historia de la reina Isabel.

Resulta de todo lo que hemos visto, que si en algun tiempo llegó Carlos á concebir una pasión criminal hácia su madrastra, esa pasión nunca fué recompensada ni alentada por esta, que parece no haber mostrado al príncipe mas que sentimientos legitimados por los vínculos de parentesco y por las simpatías que le inspiraban sus infelices. A pesar de cierto resentimiento bastante natural en Carlos contra su padre, que, como dice Brantome, «le habia arrebatado tan hermosa conquista,» nada hay que pruebe que el hijo de Felipe hubiese amado á la reina con un cariño superior á la amistad y al reconocimiento que la bondad de Isabel podia inspirar de suyo á un corazón afectuoso; y tal era con todos sus defectos el de Carlos, como lo prueban, entre otros ejemplos, el gran cariño que siempre tuvo á su tío don Juan de Austria y á su antiguo preceptor el obispo de Osma.

Nada indica que en ningun tiempo estuviese el rey descontento de la conducta de su mujer; ó que mirase á su hijo como un rival, y sobre todo, nada se lee en la historia de la esposa que haga suponer que sacrificara la reina á sus celos. Lo contrario se halla perfectamente comprobado por el testimonio de aquellos compatriotas de Isabel de Francia que en vida de esta tuvieron libre acceso cerca de su persona, y algunos de los cuales pudieron verla en su lecho de muerte: su correspondencia con su familia habria seguramente dejado adivinar sus sospechas, si hubiesen tenido algun motivo para concebiras.

Seria una fortuna para la memoria de Felipe II que el historiador no tuviera que echarle en cara mayor crimen que su conducta con Isabel. Desde el primer día hasta el último, parece haber mostrado á su mujer toda la ternura de un marido cariñoso. Es muy de dudar si ella logró adquirir sobre aquel espíritu suspicaz y reservado bastante ascendiente para hallar cabida en su confianza y en sus consejos. Isabel era, á lo que parece, sobrada modesta y estaba sobrada exenta de ambición mundana para desear mezclarse en negocios que no estaban en armonía ni con su carácter ni con su educación. Sin embargo, Brantome nos asegura que ejerció una influencia de las mas saludables sobre el monarca, en sus relaciones con la Francia, y que mas adelante se reconoció el valor de esa influencia, cuando la disidencia que surgió entre las dos cortes se agravó por la falta de una intervencion amistosa que pusiese á ella fin. «La muerte de Isabel, añade este escritor, fué tan sentida por los franceses como por los españoles: si estos la habian llamado la reina de la paz y de la bondad, los primeros la llamaban con no menos motivo el ramo de olivo. Pero ha muerto, exclama, en el dulce y placentero abril de su edad, cuando su belleza parecia bastante fuerte para desafiar las injurias de los años.»

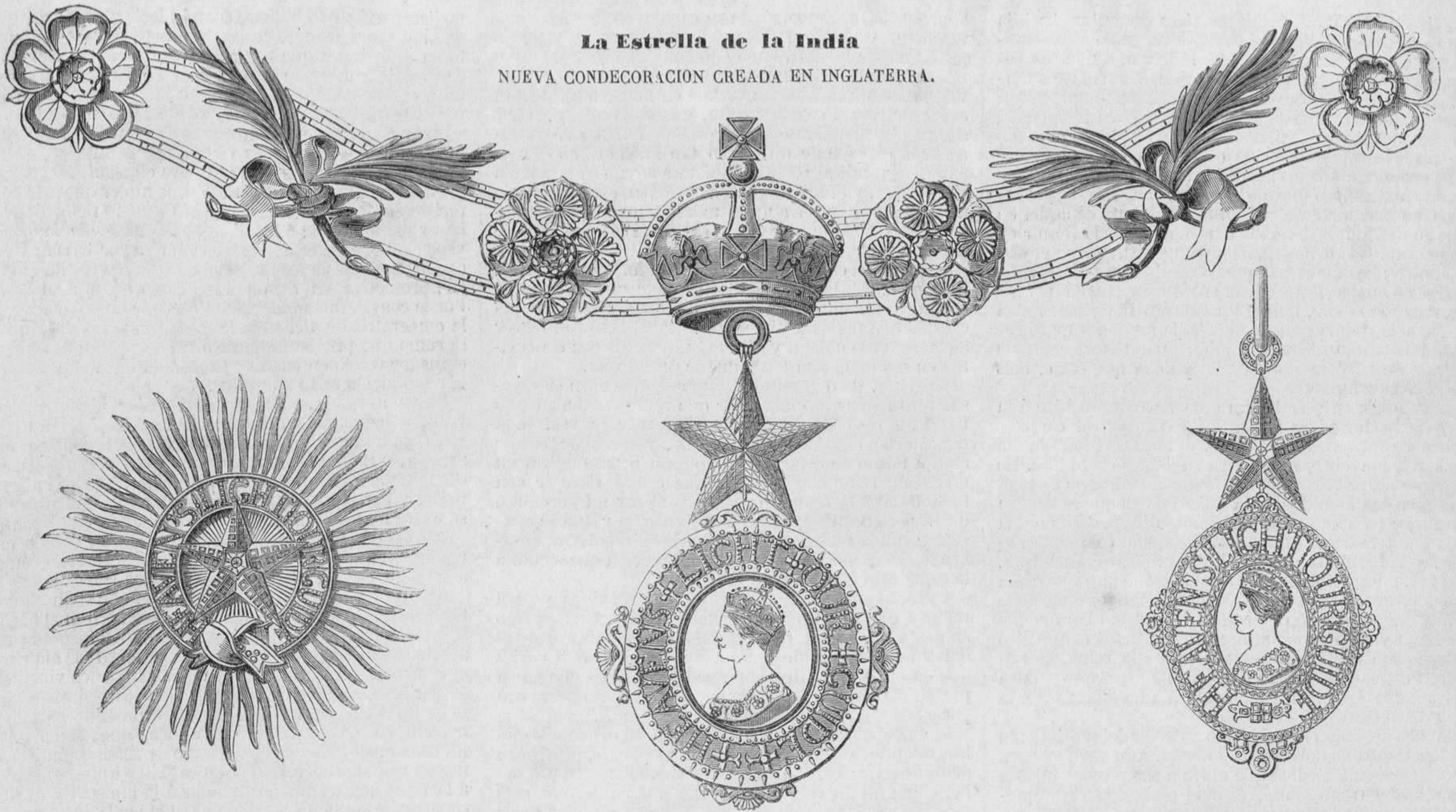
La reina ocupa un lugar importante en esa rica galería de retratos, en que Brantome quiso inmortalizar la fisonomía de sus contemporáneos. Ninguno ha trazado con mano mas fácil y delicada, ni aun el hábito de la calumnia ha podido empañar la pureza de sus rasgos. En toda esa sociedad ilustre que el escritor ha presentado á los ojos de la posteridad, nadie hay á quien hayan tributado tan verdaderamente el homenaje del corazón como á Isabel de Francia.

### La Estrella de la India.

NUEVA CONDECORACION CREADA EN INGLATERRA.

Se acaba de crear en Inglaterra una nueva condecoración «la Estrella de la India» destinada á recompensar á los personajes civiles y militares que se han distinguido sirviendo en la India, y el 1.º de noviembre la reina cruzó en Windsor á los primeros caballeros de esta orden.

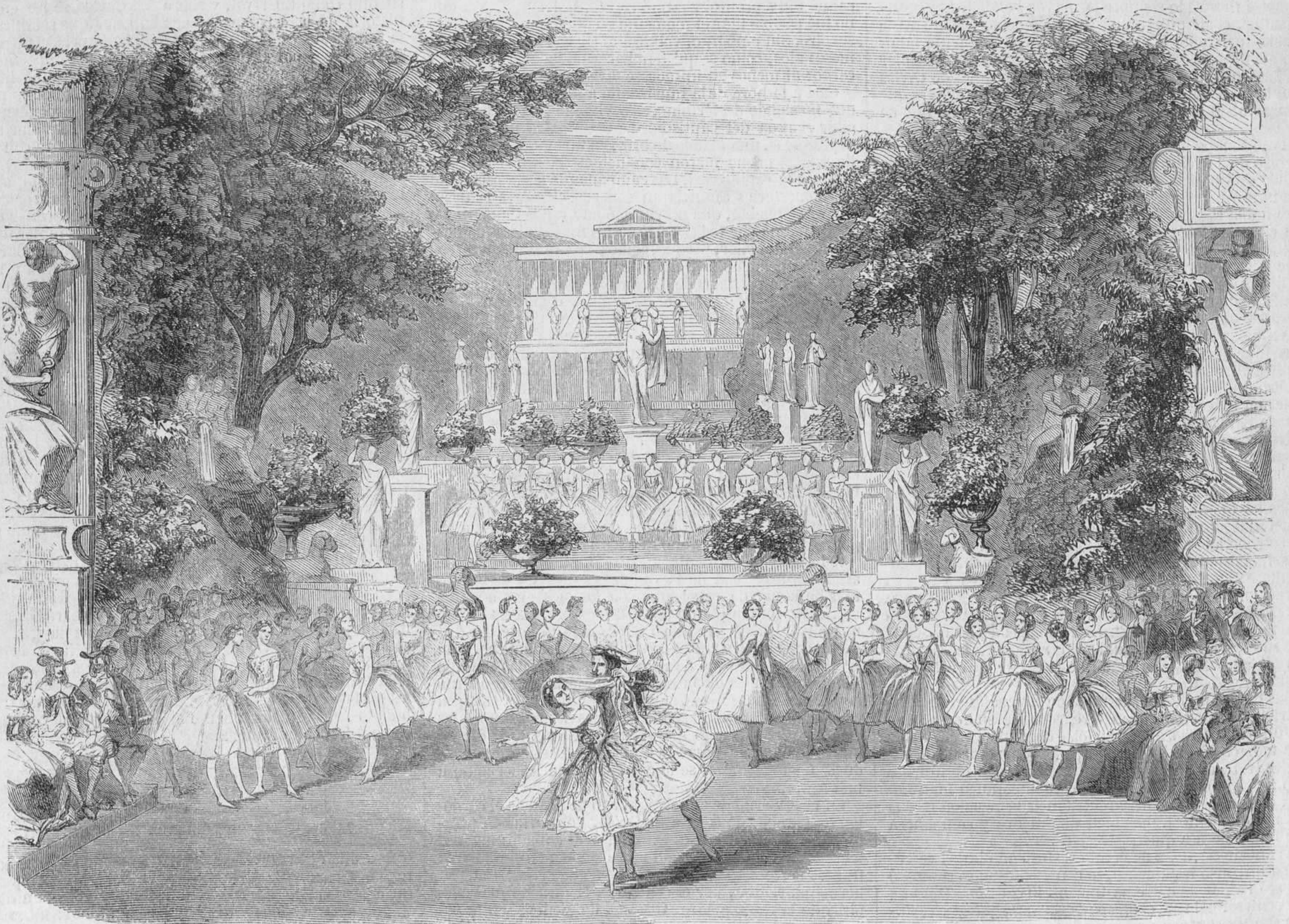
Esta condecoración se compone de un collar de oro esmaltado formado de flores de loto, de ramas de palmera y de rosas, y del que cuelgan una medalla con la efigie de la reina y una placa.



La efigie de la reina está grabada sobre un onix en cuyo derredor está trazada, en caracteres de diamante, la divisa de la orden: *Heaven's light our guide* (la luz del cielo es nuestra guía), y que corona una estrella.

La placa se compone de una estrella de diamante sobre un fondo de esmalte azul que rodea igualmente la divisa de la orden, y de donde arrancan rayos de oro. La reina, que llevaba el cordon de la orden, le entregó

al príncipe consorte, al príncipe de Gales, á lord Harris, á Su Alteza el maharajah Duleep Singh, al general lord Clyde, á sir John Lair Mair Lawrence y al general sir Jorge Pollok.



TEATRO DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE MUSICA: LA ESTRELLA DE MESINA, 2º acto, 1º cuadro. (Véase la Revista de Paris).